COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE DE SALDAÑA.

DE DON ALVARO CUBILLO.

PARTE PRIMERA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

El Rey Don Alfonso.
El Conde de Saldaña.
Bernardo del Carpio.
Don Gaston, Caballero.
El Conde Don Rubio.
La Infanta Ximena.
Doña Sol.
Un Alcayde de Luna.
Don Bermudo, Caballero.
Abenyusef, Moro.
Monzon, Lacayo.
Dos Soldados, y Musica.

JORNADA PRIMERA.

Salen Bernardo del Carpio, y su criado Monzon.

Monz. OY, que la Aldea has dexado
donde intratable has vivido,
y à la Corte te has venido:
oy, que en Palacio has entrado,
y el Rey honra con mercedes
à tu Padre, y mi señor,
para lucirte mejor,
ceñirte la espada puedes;
que aunque te ví muchos dias
en la montaña en que estabas,
que las fieras sujetabas,
y sin armas las vencias,
no perdonando ambicioso,
terror de aquella maleza,
del Ciervo la ligereza,
la ferocidad del Oso:
en tu edad, y aqui está mal
sin espada un Caballero.
Bern. Sin que mi Padre primero
lo permita, no haré tal:
yo le pediré licencia,
y con su gusto lo haré,
puesto que es mi Padre, y que
se le debe esta obediencia.
Monz. Ha cuerpo de Dios con tanta
humildad! espada pido,
si ya no es que has venido
por Menino de la Infanta:
en tu espiritu gallardo
extraño esta cortesia.
Bern. Ya conocerá algun dia
el Mundo quien es Bernardo.
Monz. Tu Padre viene contento,
y del Rey favorecido,
la sopa te se ha caido
en la miel para tu intento:
llega à hablarle, satisfecho
de tu amor, y tu razon.
Bern. Jamás le pedí, Monzon,
cosa, que por mi haya hecho.
Monz. Yo lo creo, pues en duda
siempre lo bueno condena,
y para hacer cosa buena,
aun el nombre no le ayuda:

Ayuntamiento de Madrid

perdona si claró, ò turbio
mi lenguage no te quadre.
Bern. Mal nombre tiene mi padre?
Monz. No se llama el Conde Rubio?
mi capricho no te asombre,
porque en qualquiera ocasion,
de perlas viene el chiton
por no decir tan mal nombre.
O, qué mal nombre! mal año,
y tu has de llamarte asi?
Bern. Si ya su hijo nací,
he de tomar nombre extraño?
Monz. Bueno es, que tras un diluvio
de hazañas que de ti espero,
muy vulgar, y muy casero,
te llames Bernardo Rubio:
no viene bien. *Bern.* A tu humor
tan buena locura igualo.
Monz. Ello bien puede ser malo,
mas no puede ser peor.
Sale el Conde Don Rubio.
Rub. Qué estais tratando los dos?
Monz. Miren qué falso que viene! *ap.*
Rub. Este bastardo me tiene *ap.*
enfadado, vive Dios.
La soberbia, y el desden
nacieron con él (qué enfado!)
pues con haberle criado,
no puedo quererle bien.
Que como en ofensa mia
nació (digo de mi amor)
aunque con tanto valor
la Infanta de mi se fia,
de suerte en mi pecho lidia
aquel antiguo pesar,
que aun no he podido olvidar
ni los zelos, ni la envidia.
Quise à la Infanta, y atento
à su amor, lloré desvelos;
no me oyó, y de aquellos zelos
aun dura este sentimiento.
Este piensa que es mi hijo,
y pudiera conocer
que no lo es, solo con ver
que en su presencia me aflixo;
porque el amor paternal
jamás se pudo encubrir:
mas como ha de discurrir
bien, el que nació tan mal?
Bern. Señor, ya sé, que ofendido
te muestras siempre de mi,
mas yo en tu casa nací
sin culpa de haber nacido:
Bien que culpa llega à ser
nacer con desdicha igual
porque es culpa original
en los hombres el nacer.
Lo que à suplicarte vengo
es, que supuesto, señor,
que no me falta valor,
y años suficientes tengo,
permites, y dés licencia
(si mi aliento no te enfada)
para ceñirme la espada,
que en esta humilde obediencia
à mi sangre satisfago,
y debes reconocella,
pues pudiera yo sin ella
ceñirmela, y no lo hago.
Rub. Espada? pues aun no puedo
sin ella, y con la razon
templar vuestra presumpcion;
y sin verguenza, y sin miedo
buscais ocasion mayor?
Bien parece (estoy sin mi!)
que sois: mas quedome aqui.
Bern. No soy tu hijo, señor?
Rub. Qué gentil rapaseria! *ap.*
pues sabed:: *Bern.* Fortuna escasa!
Rub. Que no ha de haber en mi casa
mas espada que la mia.
Monz. Tome eso; mire si obra
la purga, mira si brama,
contra el hijo; él no se llama
Don Rubio? pues basta, y sobra.
Bern. Tan malo es tener, señor,
à tu lado un hijo honrado,
que puesta la espada al lado,
mire por ella, y tu honor?
Tan fuera vá de camino
ceñirme la espada yo?
Qué Padre no se alegró,
por Natural, y Divino
Derecho Comun, y Usado,
de ver su imagen, y ver
restituído su sér
en el hijo que ha engendrado?
Quien no quiere ver copiada
su persona toda entera,
desde la calza à la cuera,

des-

Ayuntamiento de Madrid

desde el puñal à la espada?
Solo tu, cuya pasion
llevandote à ser ingrato,
gustas de ver tu retrato
con aquesta imperfeccion.
Y dudo, quando contrasto
el rigor en que me aflixo,
si soy, ò no soy tu hijo,
si eres padre, ò padrasto.
Quien los exercicios trueca,
de su mismo sér se enfada:
yo nací para la espada,
como otros para la rueca.
Y vive Dios:: *Rub.* Imprudente,
basta ya, que ver no quiero
en vuestra mano el acero,
que se acobarde, ò se afrente.
Bern. Acobardarse en mi mano
el acero? *Rub.* Si rapáz,
que ni valiente, ni audáz
puede ser el que es villano.
Bern. Luego yo villano soy?
Rub. Mucho aqui me descubrí: *ap.*
yo puedo hablaros asi.
Bern. Claro está, y por eso doy
à mi espiritu gallardo
reportacion tan felice,
que à ser otro quien lo dice,
se acordára de Bernardo.
Mas bolviendo à hacer la cuenta
conmigo, hallo à consolarme,
que no puedes tu afrentarme,
sin tener parte en la afrenta.
Porque à ser de otra manera,
antes que lo pronunciára,
la lengua se la sacára,
vive Dios, à cuya fuera.
Rub. Esta arrogancia insolente
pretendo yo castigar.
Monz. Mal sabes, señor, llevar
una inclinacion valiente.
El Rio mas caudaloso,
con la maña puede ser
vadeable; y el que ayer
fué soberbio, oy es piadoso.
Las prohibiciones fueron
causa de impetu mayor;
dexale correr, señor,
por donde todos corrieron.
Vadeale con descanso,
que es Rio, y ha de parar,
como todos en el Mar;
no le oprimas, è irá manso.
Rub. Su desverguenza, se mengua,
de ti la pudo aprender;
pero yo sabré poner
una mordaza en la lengua
à entrambos. *Bern.* Mira, señor::
Rub. Qué castigo hay que no os quadre?
Bern. No es posible sea mi padre *ap.*
quien me habla con tal rigor.
Monz. Ni quien Don Rubio se llama,
puede, por Christo Sagrado,
ser padre de un hombre honrado:
llamase Rubia una Dama;
y no sin causa me quexo,
pues nadie puede dudar,
que es mina de rexalgar
un Don Rubio, ò Don Bermejo.
Rub. Me respondeis?
Monz. Quien responde?
Rub. Villano. *Bern.* Tu hechura fuí.
Rub. Idos todos de aqui.
Bern. Ya me voy.
Sale el Rey, y acompañamiento.
Rey. Qué es esto, Conde?
con quien el disgusto ha sido?
Rub. Señor: ahora me vengo. *ap.*
Bern. Yo, señor, soy quien le tengo
indignado, y ofendido:
mi padre tiene razon
de estar conmigo enojado;
y à los pies:: *Rey.* Ya yo he llegado,
y enojos de padre son:
no haya mas por vida mia.
Rub. Si vuestra Alteza supiera
quien es este, no le hiciera
tanta merced. *Rey.* Conde, el dia
que en la Corte estais, colijo
de las honras que os prevengo,
que para mi mas no tengo
que saber, que es vuestro hijo.
Bern. Es culpa calificada,
indigna de mi obediencia,
llegar à pedir licencia
para ceñirme la espada,
quando en mi valor segura,
en mi edad, y en mi nobleza;
la misma naturaleza
esta falta me mormura?

Ayuntamiento de Madrid

Si esta es gran culpa, señor,
que la castigueis espero.
Rey. Conde, el noble Caballero,
el que nació con valor,
el que con sangre excelente
los ojos al Mundo abrió,
la espada con él nació,
desde la cuna es valiente.
Luego aquel valor empieza,
que sus pasados le dieron,
porque de un parto nacieron
las armas, y la nobleza.
La espada es bruñido espejo
del honor, candido armiño;
nunca el niño, noble es niño,
nunca el viejo, noble es viejo.
Si esto solo ocasionó,
Conde, vuestro enojo, oy quiero,
armandole Caballero,
ceñirle la espada yo.
Bern. Dexa, señor, que Bernardo
la tierra que pises bese.
Rub. Callar tengo, aunque me pese. *ap.*
Rey. Un Caballero gallardo,
sin espada no ha de estar.
Monz. Goceis del Fenix la vida.
Saca en una fuente espada, y espuelas.
Aqui, señor, prevenida
la tenia. *Rey.* Esto es honrar
à quien lo merece tanto;
llegad Bernardo, que espero,
que en vuestro brazo el acero
ha de ser del Moro espanto.
Ciñele el Rey la espada.
Bern. De vuestra mano, quien duda,
y de vuestro nombre honrada,
que si es temida embaynada,
que sea invencible desnuda?
Rey. Hagaos muy dichoso Dios.
Conde, esto ha de ser asi,
yo la espada le ceñí,
calzadle la espuela vos.
Rub. Esto mas? viven los Cielos! *ap.*
Bern. No disimula el pesar: *ap.*
que tenga de verme honrar,
quien me engendró, envidia, y zelos!
no lo entiendo. *Mon.* Aunque mas ladre,
ya la espada el Rey le dió.
Bern. Parece que debo yo
mas sangre al Rey que à mi Padre. *ap.*
Rub. Que pesar! à vuestra Alteza
obedezco, y sirvo asi. *Calzaselas.*
Rey. Es debido, Conde, en mi
tal honra à vuestra nobleza.
Ber. Desde oy, señor, desde oy me sacrifico
en el altar de la obediencia mia;
siempre rico de amor, y siempre rico
del favor, y mercedes de este dia:
oy he buelto à nacer, oy comunico
al alma nuevo sér, nueva alegria,
pues dando à mi nobleza mas nobleza,
por ti renace, y à vivir empieza.
La espada, q̃ oy me ciñes con tu mano,
será horror, será asombro, y maravilla,
del Alarbe Andaluz, del Africano,
que en sangriento ciñe barbara cuchilla;
las margenes verás del Occeano
reducidas al centro de Castilla,
sin que para cumplirlo sean estorvos
selvas de lanzas, ni de alfanges corvos.
Ya me verás en las sangrientes lides
apelidar tu nombre valeroso,
desde el Mar Gaditano, en quien Alcides,
de un monte, y otro se labró celoso,
hasta el Pirineo excelso, en quien divides
del Franco Imperio el Español famoso,
que yo solo he de ser, pues solo basto,
quien aclame la voz de Alfonso el Casto.
Este rayo de acero, este gallardo
cometa de dos filos, este trueno
ha de ser en el brazo de Bernardo
azote universal del Agareno:
ya en desnudarla, y esgrimirla tardo;
sienta el turbante de plumages lleno
el ruidoso golpe, que amenaza
al que los antes de la adarga embraza.
Ya el belicoso estruendo me provoca
à buscar sus murales, y almayzares,
y ocioso el freno en la espumosa boca,
à batir del caballo los hijares;
daré al bridon esta animada roca,
desbaratando Esquadras à millares,
hasta poner al pie de tu fortuna
captiva, y presa la menguante Luna.
Rey. Creo de vuestro valor,
Bernardo, lo que ofreceis.
Bern. Como vos, señor, me honreis,
quanto he dicho haré mejor.
Monz. Aunque el Conde se desplace
desta bizarra braveza,

crea

Ayuntamiento de Madrid

crea señor, vuestra Alteza,
que es hombre, que dice, y hace.
Y yo no me quedo atrás,
porque aunque humilde he nacido,
me crié con él, y he sido
de sus cimbrones el zás,
de sus prestezas el juego,
de sus golpes el amago,
el ruído de su estrago,
y la chispa de su fuego.

Tocan caxas.

Rey. Creolo: mas qué rumor
oygo? *Rub.* Novedad extraña!
Dent. Viva el Conde de Saldaña,
victorioso, y vencedor.
Rub. Sin duda el Conde ha llegado
con victoria. *Rey.* Gran jornada!
ya de su valiente espada
me reconozco obligado.
Rub. Con el aplauso que ves
traen al Conde tus vasallos.

Sale el Conde de Saldaña, de Soldado muy galan, y con todo acompañamiento, y Caxas.

Cond. Muertos dexo dos caballos,
hasta llegar à tus pies.

De rodillas el Conde.

Rey. Conde, à mis brazos llegad,
que aunque la victoria infiero,
saberla de vos espero
con mayor gusto. *Cond.* Escuchad,
que obedeceros, señor,
es imán de mi alvedrío,
supuesto que el valor mio
nace de vuestro valor.
Yace, generoso Alfonso,
entre dos Sierras un Valle,
un pensil entre dos montes,
entre dos montes un parque,
una perla entre dos conchas;
asi me explico mas facil,
pues con almenas de nieve,
siendo perla inestimable,
le guardan, y le conciben
sus brutescos omenages.
En este, pues, sitio alegre,
que para victorias tales,
palestra, y cerco dichoso
previno la comun madre,
hallé à Zeylan, que venia
tan sobervio, y arrogante,
tan dueño de su fortuna,
que para que conquistase,
le pareció corta empresa
el blason de tu Estandarte.
Traía el valiente Moro
seis mil Flecheros Infantes,
que al disparar todos juntos,
tal vez por lisonjearle,
pavellon al Sol hacian
con las saetas volantes
aquel espacio pequeño,
que avecindaban los ayres.
Engrosaban su Esquadron
de Toledo seis Alcaydes;
à cuyo cargo venian
tres mil Ginetes Alarbes;
cuya variedad de plumas
repartida en los turbantes,
de Africanos Abestruces
formaba vistoso enxambe.
Las adargas Tunecies,
las marlotas, y almayzares,
de bufano doble aquellas,
y estas de seda y estambre;
en las Andaluces yeguas,
que con relinchos, y escarces,
al clarin le respondian,
confundidos los metales,
traducian la Campaña
mucho Abril, à mayor Parque.
En cada nervioso brazo,
ya acometa, ya amenace,
blandiendo el valiente freno,
juntaba por ambas partes
los dos opuestos extremos
de acicalados remates.
Toda esta pompa, en efecto,
todo esto vistoso alarde,
de galas, lucha apacible,
de armas, belico certamen,
que ni Africa menos forja,
ni menos texe Levante,
à las garras, y al bramido
de tus Leones audaces,
se vió poderoso un Lunes,
y desvanecido un Martes.
Este, pues, dichoso dia
(aunque cobardes le infamen
supersticiosos agueros

de

Ayuntamiento de Madrid

de Catholicos cobardes)
sobre un alazan tostado,
Arabigo en nombre, y sangre,
Castellano en lealtad,
Andaluz en lo arrogante,
con humos Aragoneses,
con alientos Catalanes;
tan Español, en efecto,
que del Betis los crystales,
para examinarle hijo,
le reconocieron Sacre:
De crin, cernejas, y cola,
al moverse, y al hollarse,
eran las cerdas, gualdrapas,
y al correr, alas que esparcen.
No vió en su carrera el Sol,
tascando fuego en el Ganges,
oro peynando en las nubes,
nieve alegrando en los Alpes,
grana bordando en las selvas,
y espuma tocando en mares,
alado bruto, que pueda
competirle, ni igualarle.
La rienda ajusté, y apenas
à los batidos hijares
llamo la dorada espuela,
quando respondió con sangre,
para convertirse en fuego;
porque era el suyo tan grande,
que relinchando centellas,
las piedras, que pisa, y parte,
para mejorar de esphera,
se vieron llamas voraces.
Puse en orden mis Soldados,
discurrí por todas partes,
formando los Esquadrones
en bien repartidos haces;
y al son de bastardas trompas,
como destemplados parches,
se travó la escaramuza
entre los sangrientos bates.
Duró el teson invencible
hasta las tres de la tarde,
sin que de tanta fortuna
el rostro se declarase.
Y viendo que porfiaban
los sucesos tan neutrales,
la dicha tan contingente,
la victoria tan durable,
envidé el resto en la vida
de mis sudores, y afanes;
busqué al General, y halléle
esgrimiendo el corvo alfange,
que à costa de tantas vidas
gozaba purpureo esmalte.
No asi à la timida presa
el Aguila caudal bate
las alas, mostrando à un tiempo
garra, y pico de Diamante,
como yo parto à embestirle,
y el à recibirme parte.
Chocaron pecho con pecho
los caballos, que leales
titubearon, sufriendo
el encuentro formidable.
Tan en sí se hallaba el Moro,
que despues de recobrarse,
tiró un rebés, y cortó
del freno los alacranes,
dexandome sin las riendas,
como sin timon la Nave:
mas logrando mejor tiempo
en lo preciso del lance,
falseé con una punta
en su pecho malla, y ante,
abriendo para la muerte
fuente de roxos granates.
Cayó del caballo el Moro,
donde con ansias mortales,
en monumento de arena
sirvieron à su cadaver
de tumba la blanca adarga,
de pira el roxo turbante.
Apellidé la victoria:
Viva dixe, viva en jaspe
el nombre de Alfonso el Casto,
viva en bronces immortales.
El Sarraceno Esquadron,
como es fuerza que desmaye
todo cuerpo sin cabeza,
viendose sin ella, abate
las medias Lunas, que ya
eclipsadas, y menguantes,
à la luz de tanto Sol,
lloraron golpes fatales.
Vergonzosamente huyeron
y yo siguiendo el alcance
al triunfo de esta victoria
concedí el ultimo vale.
Gané cinquenta Banderas;

los

Ayuntamiento de Madrid

los Cautivos, y el bagage,
negandome à la codicia,
repartí à mis Capitanes,
enriquecí mis Soldados,
porque civiles achaques
no desluciesen mi gloria,
que es el soborno mas facil
de quien arriesga su vida,
con lo que ganó pagarle.
Esta victoria te ofrezco,
por mi este laurel te añades,
en tanto, que con tus huestes
en bucefalos navales,
recobrando nuevos Mundos,
el Marmol Sagrado saques
del cautiverio, que llora
tanto Religioso Acates:
que de tu valor lo espero,
porque la victoria cantes,
porque tiemble de ti el Mundo,
porque tus Pendones Reales
se ensalcen con mi valor,
para que el Mundo te aclame,
y porque victoria, y vida
à tu grandeza consagre.

Rey. Conde, otra vez, y otras muchas
llegad à mis brazos. *Abrazale.*

Cond. Rasgue
del libro de mi ventura
esta hoja, quien la halláre
doblada, porque algun dia
la fortuna no se canse.

Monz. Oyele por Jesu-Christo,
que está bien hecho el romance;
pero si yo le dixera,
no habia de poder quietarse
la turba de mosqueteros
en hora y media cabales.

Bern. Aparta (que bien responde!) *ap.*
vive Dios, que me ha llevado
toda el alma por Soldado,
y por valeroso el Conde.

Rub. Apenas lugar me dá *ap.*
la envidia que he recibido
para darle el bienvenido:
qué ufano, y soberbio está!

Bern. Qué dignamente le dán *ap.*
aclamacion comunmente!
qué bizarro! qué valiente!
qué gentil-hombre, y galan!
parece que él mismo ha sido
su Artifice milagroso!
lo robusto con lo ayroso,
lo fuerte con lo lucido.
Tan igual es, tan al gusto
miro en él, que han faltado
lo galán por delicado,
ni por feroz lo robusto.

Rey. Conde, ya con vos no puedo
tener siniestra fortuna;
vos sois la basa, y columna
de mi Corona. *Cond.* En Toledo
tu silla pienso poner.

Rey. Si vos desnudais la espada,
con sangre Alarbe manchada,
no dudo, que venga à ser.

Cond. Ay, Ximena, con qué enojos *ap.*
vivo en quanto verte tardo!

Monz. Apenas mi amo Bernardo *ap.*
quita del Conde los ojos.

Cond. El Conde Don Rubio aqui? *ap.*
como la Aldea ha dexado?
como à hablarme no ha llegado?
mala señal (ay de mi!)
Si mi Bernardo, à quien tiene
en su poder, si mi hijo
es muerto? Mas qué me aflixo?
nunca el mal tan sordo viene.

Rey. Porque veais lo que os quiero,
y mi amor conozcais oy,
el mayor oficio os doy
de mi mayor Camarero:
juradle, y servidle, Conde.

Cond. Vuestra Alteza asi procura
dar lustre à su humilde hechura,
y à su grandeza responde.

Rub. Ya crece mi envidia fiera. *ap.*

Bern. Vive el Cielo, que me he holgado,
que el oficio le haya dado,
mas que si à mi me le diera.

Monz. Para lo que él ha servido,
no monta eso quatro blancas.

Rey. La Tinencia de Simancas
esta vaca, y no he querido
proveerla, porque vos
la hagais dar à algun amigo.

Cond. Bien, señor, mostrais conmigo,
que sois imagen de Dios,
pues con valor singular,
de vuestra grandeza usando,

no

Ayuntamiento de Madrid

no solo dais, pero dando,
tambien enseñais à dár!
Daré al Conde esta Alcaldia. *ap.*
Rub. Si el Rey su agravio supiera, *ap.*
menos mercedes le hiciera;
pero sabralo algun dia:
voyme, por no estar mirando
envidioso, y desabrido,
la mano del ofendido
al mismo ofensor honrando. *vas.*
Rey. Recorriendo estoy qué daros,
Conde; y para que ganeis
amigos, y siempre deis
nueva ocasion de alabaros,
permito que podais dar
de mi Camara dos llaves.
Cond. Mercedes, señor, tan graves,
quien las mereció gozar?
quien son estos Caballeros?
que quiero en vuestra presencia,
puesto que me dais licencia
honrarlos, y obedeceros.
Rey. El que à vuestro lado está
es mi ahijado, y heredero
del Conde. *Cond.* Oy espero
dar honra à quien me la dá.
Rey. Yo le he ceñido la espada,
y Caballero le armé.
Cond. Y yo, señor, le daré
por vos la llave dorada,
favor que se debe al Conde,
despues de ser muy amigo:
y este Caballero, digo,
que al oficio corresponde;
que el Gentil-hombre ha de ser,
despues de tener nobleza,
galan por naturaleza.
Bern. Qué aquesto he llegado à ver! *ap.*
Cond. Y lo es, à fé de quien soy.
Bern. V. Excelencia sabe honrar
à sus criados. *Cond.* Jurad
de Gentil-hombre desde oy,
aunque lo contrario siento,
que quien desde que nació
de Gentil-hombre juró,
no ha de menester juramento.
Monz. Este si es Conde, y responde
à su ilustre nacimiento:
vá à decir ciento por ciento,
del un Conde al otro Conde.
Rey. Tratad, pues, de descansar,
y vedme luego. *vase.*
Cond. Señor,
en mi el descanso mayor
es serviros. *Bern.* Si escusar
el juramento no puedo,
y es preciso en mi nobleza,
perdoneme vuestra Alteza,
que con el Conde me quedo.
Cond. El repáz es estremado: *ap.*
De esta edad se me parece,
que será Bernardo; oy crece
con el amor mi cuydado.
Desde aquel dichoso dia
que al Conde se le entregué,
no le he visto mas, ni sé
mas de que el Conde le cria.
Sientase el Conde en la silla de dosél para jurar à Bernardo.
Bern. En manos de V. Excelencia
de rodillas.
hago pleyto, y juramento
de servir leal, y atento
con todo amor, y asistencia.
Cond. Basta. *Bern.* Ya la mano espero,
y que con ella me honreis.
Cond. Mucho, señor, me debeis,
desde que os ví mucho os quiero;
pero hacer esto me toca,
que es vuestro Padre mi amigo:
alzad. *Bern.* No he de alzarme digo,
hasta que estampe la boca
en vuestra valiente mano,
honra de esta Monarquía.
Cond. Decidme por vida mia,
teneis acaso otro hermano?
Bern. No señor. *Cond.* Vos sois gallardo:
solo sois? *Bern.* Y aun segun pasa,
pienso que sobro en mi casa.
Cond. Y como os llamais? *Bern.* Bernardo.
Cond. Bernardo? Y qué no teneis
otro hermano? *Bern.* No señor.
Cond. Y algun paje Labrador
en la Aldea conoceis
de vuestro nombre? *Bern.* Tampoco.
Cond. Este mi hijo ha de ser; *ap.*
y temo (ay Dios!) que el placer
me mate, ò me buelva loco.
Monz. Este es, señor, Bernardito,
el arrojado, el travieso.

Cond.

Ayuntamiento de Madrid

Cond. Lo peor que tiene es eso.
Monz. El que desde tamañito,
por alentado, y brioso,
con un esquadron de perros
andaba per esos cerros
tras el Javalí, y el Oso.
En aqueso se ocupaba,
y quando despues bolvia,
la caza de todo el dia
à las zagalas la daba;
sin dexar para su mesa
sola una pluma, señor.
Cond. Eso es de buen cazador.
Monz. Y como de garra, y presa,
que en la Aldea no ha dexado
moza de buen parecer.
Cond. Qué? *Monz.* Señor. *Cond.* Debe de ser
herencia lo enamorado.
Bern. No quieres callar. *Monz.* Ya callo.
Cond. Sus partes son excelentes:
ò corazon! nunca mientes, *ap.*
no me canso de mirallo.
Por qué decis que sobrais,
siendo solo en vuestra casa?
Bern. Señor, lo que en ella pasa,
sin provecho haveriguais;
mi Padre, cuyo desdén
juzgo aversion natural,
debe de quererme mal,
pues que no me trata bien.
Cond. Mal os trata? Otro testigo *ap.*
en este mal tratamiento
declara él con juramento,
que es verdad lo que yo digo:
no tiene razon el Conde.
Monz. Señor, él es un Neron,
y porque en su inclinacion
à su sangre corresponde,
valiente, honrado, y cortés,
oy con termino inhumano,
le dixo, que era villano.
Cond. Villano? *Monz.* Villano, pues,
y muchas veces villano.
Cond. Viven los Cielos, que miente: *ap.*
y qué hicisteis? *Bern.* Obediente
le besé entonces la mano,
reverenciando el castigo.
Cond. Eso es lo que hacer debeis:
y mientras que asi lo haceis,
sereis mi hijo, y mi amigo.
Bern. Pluguiera à Dios, q̃ aunque quadre
mal esta razon primera,
si Padre elegir pudiera,
os eligiera por Padre.
Cond. Qué decis? aunque me aflixo, *ap.*
el corazon me ha pasado:
esto dice un hombre honrado?
Vive Dios, que sois mi hijo:
un noble asi corresponde?
Bern. Señor. *Cond.* Vos teneis nobleza?
Bern. Es muy grande su aspereza.
Cond. Estimad, Bernardo, al Conde,
pues como Padre os crió,
que esa es la mejor hazaña.
Bern. Señor Conde de Saldaña
vuestra hechura seré yo.
Cond. Que no digo eso: si digo; *ap.*
mas quiero disimular:
al Conde habeis de estimar,
ò no habeis de ser mi amigo;
y con esto à Dios Bernardo,
idos con Dios. *Bern.* Vuestro soy.
Vanse Bernardo, y Monzon.
Cond. Si es mi hijo, por quien soy,
que es alentado, y gallardo.
Sale el Rey. Conde? huelgome de hallaros
aqui. *Cond.* Siempre V. Alteza
me hallará tan puntual.
Rey. Vuestro valor, y prudencia
habeis de mostrar ahora:
ya sabeis, y es cosa cierta,
que no tengo succesion,
ni esperanza de tenerla.
Cond. Bien sé que os llaman, señor,
Alfonso el Casto por esa
profesion. *Rey.* Estadme atento;
Mi hermana Doña Ximena
es Infanta de Leon,
y siendolo es mi heredera.
Cond. Y dueño del alma mia. *ap.*
Rey. Pues ella imprudente, y necia,
el casamiento rehusa,
que tanto estimar debiera,
del Conde de Barcelona;
siendo asi que por la mesma
razon, que yo lo deseo,
le aborrece, y le desprecia.
Vos habeis de persuadirla
con razones tan atentas,
tan graves, tan eficaces,

Ayuntamiento de Madrid

tan lucidas, y tan vuestras,
que venga en ello; que à vos
solo fiaros pudiera,
Conde, acciòn tan singular,
y tan dificil empresa.
Ella ha de salir de aqui,
primero que se prevenga,
habladla, Conde, y mirad,
que las mas heroycas prendas
de vuestros servicios grandes,
todas se concluyen en esta.
Cond. Señor: : *Rey.* No me repliqueis;
ella sale, y la obediencia
de hombre como vos, no admite
ni replicas, ni respuestas.
Vase el Rey, y sale la Infanta sola.
Inf. Conde, qué pesar es este?
Cond. Bien pregunta V. Alteza,
que como ya por costumbre
se van, sin dudar en ella,
à mi casa las desdichas,
en lugar de norabuenas;
se me pregunta eso à mi,
y quien lo pregunta acierta.
Ya no me cogen de susto,
tan hallado estoy con ellas,
que pienso que he de buscarlas
quando en venir se detengan.
Inf. Pues ahora que mi hermano,
Dios le guarde, à hacer empieza
tantas mercedes en vos,
y à daros la norabuena
salgo yo, dais al semblante
sobrescrito de tristeza,
sabiendo que es para mi
quanta en vuestros ojos sea?
Cond. Estamos solos? *Inf.* Si Conde,
hablad. *Cond.* Mi bien, mi Ximena,
yo fuí, por mi mal, dichoso:
ò qué costosa experiencia
he hecho de que las dichas,
si son grandes, no son ciertas!
Quando al sugeto se ajustan,
se gozan, y se celébran;
pero quando son mayores,
ò se ahogan, ò se quiebran
como higas de azabache,
à quien la invidia atormenta.
El acordado instrumento,
dulce, y regalado suena
con las cuerdas, que en él caben;
pero no si sobre aquellas
otras le ponen, que entonces
suena mal, y no concuerda.
Todo esto, señora he dicho,
para explicar, si pudiera,
la pena de ser dichoso
quien no ser dichoso espera.
El Rey me manda que os hable;
ya lo dixe; el Rey me ordena
(qué dolor!) que os persuada
(qué tormento!) que os advierta;
pero para qué me canso?
casaros quiere su Alteza
con el Conde. *Inf.* Ya lo sé,
ya lo sé, qué cosa nueva
venis à decirme, Conde?
el de Barcelona intenta
casar conmigo (qué engaño!)
mi hermano, que lo desea
(qué locura!) os ha mandado,
que me hableis (gran diligencia!)
para asentar esa baza,
el Conde pone en la mesa
un Rey (gran carta!) y amor
en vuestra mano reserva
un triumpho, que aun que es pequeño,
à ganarle se atraviesa.
Viene à morir à mi mano,
alargo yo, con que queda
tan desbaratado el juego
de su parte, y de la vuestra
tan seguro, que podeis,
dexandolo por mi cuenta,
dar barato à los mirones,
y al alma, que lo desea.
Cond. Ay, dueño del alma, y como
el temor justo recela,
que han de decir que he ganado
con cartas falsas cohechas,
baraja que son de amor
fullerias, aunque inciertas,
porque quando mas las pinta,
el poder las atropella!
Inf. No podrán Conde en mi mano.
Cond. Qué importa, si en mi cabeza
podrán? *Inf.* Pues Conde, advertid,
que el que en su primera esphera
al carro del Sol se atreve,
y sobre doradas ruedas

gyra

Ayuntamiento de Madrid

gyra globos de cristal,
golfos navega de Estrellas,
Campaña de luz fluctúa,
y rumbos de Astros penetra;
aunque despues dichoso
rayos fulminados sienta,
duros precipicios llore,
y muertas palidas vea:
la gloria de haber llegado
al laurel que le despecha,
mayor vida le asegura,
mayor fama le reserva.
Morir por mi, no es desdicha,
padecer por mi; no es pena,
morir, Conde, pues que yo
por vos muero, y no me pesa.
Cond. Sola esa muerte es mi muerte.
Inf. Solo ese temor me aquexa.
Cond. Yo sé despreciar mi vida.
Inf. Yo sé morir por la vuestra.
Cond. Pues viva mi amor constante.
Inf. Y mi fee immortal, y eterna:
à Dios Conde. *Cond.* A Dios, Infanta.
Inf. Qué ventura! *Cond.* Qué terneza!
Inf. Qué te vas? *Cond.* Señora, si.
Inf. Bolverás à verme? *Cond.* Es fuerza.
Inf. O, quien se viera tu esposa!
Cond. O, quien tu esposo se viera!

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Conde de Saldaña, el Conde D. Rubio, Bernardo, y Monzon.

Rub. Oy, señor Conde, quiero,
en ley de caballero,
restituir la prenda, que ha causado
en vos mas gusto, en mi mayor cuydado.
Cond. No es tiempo, Conde, no, por vida mia,
primero habeis de ver mi cortesia;
que aunque en Palacio
no me disteis lugar, quiero de espacio,
Conde, que conozcais, que no me olvido
del titulo, y blason de agradecido.
Su Alteza (que Dios guarde,)
haciendo ayer de su grandeza alarde,
me hizo merced: quien hay, que no presuma,
que seria de mis meritos la suma?
Pero quantos lo vieron son testigos,
que reparti el favor con mis amigos;
y para vos, que sin hablaros os fuisteis,
bien sabeis, q̃ en aquesto me ofendisteis,
con noble pecho, y con manos francas
reservé la Tenencia de Simancas.
Despues por hijo vuestro (Dios lo sabe)
le di à Bernardo la dorada llave,
porque quedasen, esto es lo que pasa,
ambos oficios, Conde, en vuestra casa;
y asi, de entrambos siento,
me debeis igual conocimiento;
si bien, quando mi amor, y amistad toco,
aun mucho mas pareciera poco.
Bern. Hay tal valor!
Monz. Qué dices? qué respondes?
vive Dios, q̃ es el Conde de los Condes,
el Protoconde, el Archiconde digo,
y aun el Taraconde de su amigo:
mas llamese Don Sancho,
nombre q̃ todo el Mundo le viene ancho,
y aun si otro Mundo hubiera,
en un Don Sancho pienso que cupiera.
Rub. Conde, yo la merced os agradezco,
mas quando por mi mismo la merezco,
no me está bien, ya Conde se conoce,
que por agenos meritos la goze.
Nunca por mano agena
hay merced, ni Tenencia que sea buena;
dadsela à otro, q̃ ya yo tengo indicos,
q̃ mi Rey me honrará por mis servicios.
Y en quanto à la merced de Gentil-hõbre
que os diga, no os asombre,
puesto que la merezca,
q̃ Bernardo está aqui, q̃ os lo agradezca;
que yo no me condeno
à agradecer el beneficio ageno.
Bern. Señor: hay mas notable desvarío!
ageno llama el beneficio mio.
Mon. Amistad bien pagada: tu has nacido
de un Padre por extremo agradecido;
que mas decir pudiera,
si algun pesar el Conde le traxera?
Cond. Jamás, Conde, pensára
de vos, que me bolvierais à la cara
las mercedes, que aqui os he aplicado:
mas si poco os parece,
que vuestra casa ya sé que mas merece,
para vos reservé, para vos guardo,
como la de Bernardo,
plaza de Gentil-hombre, digno oficio

Ayuntamiento de Madrid

de un señor como vos, con exercicio
en Palacio, sirviendo juntamente
la de Simancas por algun Teniente.
Vuesa condicion temblad extraña,
que es buen amigo un Conde de Saldaña,
y serviros espero.

Rub. Ni eso, ni esotro, ni ninguno quiero,
ni me admiréis esquivo,
que merced que es de otro no recibo;
pues quando llega à mi tan otro viene,
que mas de enfado, que de gusto tiene.

Bern. Es posible, señor, q̃ quando el Conde
tan noble, tan leal te corresponde,
con ingratas porfias
desprecies sus mercedes, y las mias?
Esa correspondencia
digna de la amistad de su Excelencia?
De ingrato te condénas.
Vive Dios q̃ la sangre que en mis venas
conservo tuya ahora me sacára,
y por no la tener la derramára,
si de ella presumiera,
q̃ hacerme ingrato alguna vez pudiera;
pero no lo seré, porque te advierto
con rostro descubierto,
que si à ser su enemigo te apercibes,
y la merced por eso no recibes,
de la razon llevado,
me has de hallar de su parte, y à su lado,
hasta perder la vida,
que por él la daré por bien perdída;
quadrete, ò no te quadre,
que es la razon primero que mi Padre.

Cond. Bernardo, que es aquesto?
vos asi descompuesto?

Monz. No has andado,
vive Dios, en tu vida mas honrado.

Rub. Yo no me espanto de q̃ asi me trates,
que en eso que parecen disparates,
de derramar tu sangre sin rodeo,
la diferencia de tu sangre veo;
y asi en nada me aflixo,
que ni tu padre soy, ni eres mi hijo. *vas.*

Con. Conde amigo, esperad: yo soy perdido.

Ber. Dexele V. Excelencia, pues se ha ido,
que él me dirá despues, à fe de honrado,
sino es mi Padre, quien el sér me ha da-
y de que no lo sea no me pesa, (do;
que ingratitud tan barbara como esa
no puede darme calidad, ni fama.

Cond. O quanto el noble natural le llama!
pero aqueste traydor, que sabe todo *ap.*
mi secreto, pretende de este modo
descomponerme, y acabar mi vida:
Ay bellisima Infanta, que perdída
te lloran ya mis ojos!
mas que mi pena siento tus enojos.

Ber. V. Excelencia llorando? q̃ es aquesto?
Vos, señor, tan humano, y tan modesto?

Cond. Bernardo, de un Filosofo se cuenta,
q̃ mirando un ingrato, en quien se afren-
naturaleza toda, fiel lloraba, (ta
por ver si su dureza se ablandaba.

Ber. Vive el Cielo, señor, que de ese llanto
me he enfurecido tanto,
que al que asi le provoca,
con las manos sangrientas, con la boca
despedazar quisiera.

Con. Su misma sangre, y su valor altera: *ap.*
este llanto, estas lagrimas piadosas,
son en mi amor forzosas,
viendo que el Cielo ha dado
un hijo noble à un Padre desgraciado;
à un suseso dichoso,
la malicia cruel de un ambicioso;
à un debido recato,
la verdad mas segura de un ingrato;
y al fin, à un delinquente,
un mal vecino, que le juzga ausente:
Deciros mas no puedo,
que hay mucho que decir, y es mucho
el miedo.

Vase el Conde, y detienele Bernardo.

Bern. Señor, V. Excelencia diga ahora
lo que sabe de mi, que quando llora
tanto hombre, tanto sér, tanta nobleza,
de amor es, vive Dios, no de flaqueza.

Cond. Qué sabeis vos lo que en mi
puede haber? *Bern.* Debo creer,
que flaqueza no ha de haber
en quien tanto valor ví.

Cond. Hombre soy, y flaco he sido,
pero fué flaqueza honrada.

Bern. Eso es no decirme nada,
señor, de lo que os pido.

Cond. Podré callar? será tanta *ap.*
mi entereza con él? si
que aquesto importa (ay de mi!)
al pundonor de la Infanta:
quedaos Bernardo, con Dios.

Bern.

Ayuntamiento de Madrid

Bern. Confuso, al fin, me dexais?
Cond. Padre teneis, que os quexais?
no es el Rey mejor que vos. *vase.*
Bern. Confuso, y de horror lleno
me dexa el Conde (que mortal veneno!)
mi Padre respiraba,
que igualmente causaba,
con desigual espanto,
y hay en mis ojos, y lo suyos llanto.
Mon. Señor, lo que de uno, y otro infiero,
es, que el Conde es honrado Caballero:
de tu Padre no sé lo que me diga,
porque no siempre obliga
la chanza; mas conforme à lo q̃ arguyo,
me quemen, si D. Rubio es Padre tuyo.
Ber. Pues Padre ha de tener este Bernardo.
Monz. Eso es fuerza.
Bern. Y mi espiritu gallardo,
mis pensamientos, y mi heroyco brio,
me avisan de que es noble el Padre mio.
Mon. Y no sé lo que en esto mas te quadre;
mas por salir de un Padre,
que Don Rubio se llama,
me diera yo à partido, y con el alma
gustoso consertára,
que hijo de la Piedra me llamaran.
Ber. Ven, Monzon, q̃ del Conde los enojos
me han obligado à enternecer los ojos.
Vanse, y salen la Infanta, y Sol, Dama.
Sol. Es por extremo bizarro.
Inf. Refierenme tantas cosas
dél, que se imagina el alma,
no como prenda tan propria,
sino como ya perdída,
y que de nuevo la cobra.
Sol. Pues ya en tu presencia está.
Inf. Ayudame Sol, ahora,
que de improviso un contento
mal se encubre, y se reboza.
Salen Bernardo, y Monzon.
Sol. Lo que he de decir me advierte.
Inf. Obligale à que responda,
hablale, Sol, por tu vida.
Bern. Monzon, en tanta congoja,
qué puedo hacer? *Monz.* Divertirla
con la Infanta mi señora,
y con Doña Sol. *Bern.* A un triste,
aun el mismo Sol asombra.
Sol. Ha Caballero, sois vos
Bernardo? *Bern.* Yo soy, señora,
Bernardo, y criado vuestro.
Sol. Estamos muy cuydadosas
las Damas de conoceros.
Bern. Pase esta vez por lisonja:
yo puedo costar cuydados?
Sol. Y muchos. *Monz.* Qué socarrona! *ap.*
pero como el Sol secára
este Sol à qualquier hora.
Sol. Dicen que sois muy brioso.
Bern. La soledad ocasiona,
aun en muy cortos alientos,
resoluciones heroycas:
porque la caza, y el monte
son una abreviada copia
de la guerra, y siempre en ella
logré felices victorias,
Mas qué mucho, mas qué mucho
si las alcanzan à todas,
en fee de que à ser mayores,
oy à esas plantas las ponga?
Inf. Ese es estilo de amante.
Bern. Vuesa Alteza no me corra,
que aunque Aldeano, bien sé
la obligacion que me toca
de reverenciar su nombre.
Inf. Ay, Sol, qué mal se reboza *ap.*
una pasion tan del alma!
Bern. Pondré en sus plantas mi boca.
Inf. Galan sois? *Bern.* Ya lo seré,
si vuestra Alteza me abona,
que es nueva naturaleza
en los Principes las honras.
Inf. Y ese es estilo de amante?
Bern. Con distincion, si señora:
el soberano respeto
debido à vuestra persona
à una parte; y el afecto
amoroso en Sol à otra.
Aquel es amor sagrado,
que à reverencia provoca;
y este es amor mas humano,
que abraza, pero no asombra;
que obliga, pero no espanta.
Inf. Basta, Sol, que te enamora:
cortesano es el rapaz, *ap.*
de verle el alma se goza.
Monz. Si Vuesa Alteza pretende,
que le refiera sus cosas,
yo solo puedo, que soy
coronista de su historia.

No

Ayuntamiento de Madrid

No ha visto en sus pocos años
mas fuerte brazo la Europa:
rompe en el ayre una lanza,
quando blandiendo la dobla
los dos opuestos estremos,
que acerados hierros gozan.
A la mas robusta encina,
que esa montaña corona,
abrazado al firme tronco,
la desbarata, y deshoja.
Si le viera Vuesa Alteza
luchar con firmeza toda
la noticia del Tebano,
poetica, y fabulosa.
Danza, y bayla ayrosamente,
gyradas, y cabriolas,
como peones las texe,
como un repollo las forma.
Es cortés, y agradecido;
sus liberales, y ampliosas
manos, exceden, por Christo,
al pasmo de Macedonia.
Habla bien en las ausencias;
por la razon se apasiona:
y al fin:: *Bern.* Ea, basta necio,
que alabanzas tan ociosas
ofenden. *Inf.* Que sabeis vos,
si hay quien con gusto las oyga?
Bern. No seré yo tan dichoso.
Inf. Ya por lo menos te toca
hacerle Sol, un favor.
Sol. Si Vuestra Alteza me otorga
la licencia, si lo haré.
Bern. Llorará perlas la Aurora,
zelosa de ver, que el Sol
en mas flamante carroza,
por favorecerme indigno,
olvida la verde pompa
de las flores, que la esperan
ya coronadas de aljofar.
Inf. El es galán, y entendido. *ap.*
Sol. Esta banda reconosca
Dale una banda.
en vuestro pecho à su dueño.
Bern. Será la abrazada Zona,
donde mis sentidos arden
al Sol de vuestras memorias.
Inf. En él considero al Conde *ap.*
tan viva su imagen propia,
que ni lo amoroso miente,
ni lo bizarro perdona.
Bern. Gran dicha Monzon, consigo.
Monz. El Embaxador, señora.
Bern. Ha pese al Embaxador, *ap.*
y à quien su embaxada apoya!
Monz. Con el Rey hablando viene,
y con tu padre. *Bern.* Estas bodas
me cansan: y por no verlas
me voy, perdonad, señora.
Sol. Yo tambien, si V. Alteza
gusta de quedarse sola.
Bern. Aqui un Escudero aguarda.
Sol. Aqui una Esclava se postra.
Vanse Sol, Bernardo, y Monzon, y sale el Rey leyendo un papel, Don Gaston, y Don Rubio.
Rub. Ya no es posible callar
en llegando à esta ocasion.
Rey. Conde, tan grande traicion
el Cielo ha de castigar,
y en mi lo fuera engañar
al Conde de Barcelona,
cuyo amor, cuya persona
no merece, aunque lo intenta,
que yo le embie una afrenta,
quando espera una Corona.
Gast. Supuesto, que V. Alteza
resoluciones ignora,
y la Infanta mi señora
oye con tanta aspereza
mi embaxada, à su grandeza
suplico, y à vos, señor,
deis licencia:: *Rey.* Qué dolor! *ap.*
Gast. Para poderme partir.
Rey. Don Gaston::
Gast. Esto es cumplir
las leyes de Embaxador.
Rey. Bien sabe el Cielo, que siento
del Conde el pesar; y fio,
que ha de ser mayor el mio,
que su justo sentimiento:
por ahora el casamiento
no es posible que asenteis,
esto al Conde le direis.
Inf. El gozo apenas resisto. *ap.*
Gast. Siempre en vuestro pecho he visto,
señor, que merced le haceis.
Rey. Querrá el Cielo que algun dia::
Gast. Ya, señor, es escusado,
que mi dueño me ha mandado

dexe

Ayuntamiento de Madrid

dexe tan justa porfia:
orden expresa me embia
para partir; oy lo haré,
pues ya para hacerlo, sé
que me ofrece en su tristeza
licencia, y mano su Alteza,
y vos el invicto pie.
Hace cortesia, y se va.
Rey. Aqui importa, Conde amigo,
la prudencia, y el engaño;
gran remedio à grande daño,
à gran traicion gran castigo.
Infanta, hermana, oy consigo
la quietud que pretendí,
alegraos, no esteis asi;
basta, dexad la tristeza.
Inf. Guarde Dios à V. Alteza,
señor, mas años que à mi.
Rey. Pudierais haberme hablado,
pues que vuestro hermano soy,
y la embaxada de oy
no se hubiera dilatado:
conoces este firmado,
y encarecido papel? *Dásele.*
Inf. Ay Dios! muerta soy; en él, *ap.*
señor, mi delito veo,
mi muerte, y tu enojo leo:
ha traydor Conde! ha cruel! *ap.*
Rey. Qué te alteras? dexa el miedo.
Inf. Temo, señor, tu rigor.
Rey. Suspende ahora el temor.
Inf. Como en tu presencia puedo?
Rey. Como tu hermano procedo.
Inf. Como culpada te miro.
Rey. De nada, Infanta, me admiro.
Inf. Estoy muerta, estoy sin mi.
Rey. Desahogate, habla, di.
Inf. Oye despues de un suspiro:
Valeroso Alfonso el Casto,
cuyo nombre has merecido
por la integridad que gozas,
por la pureza que envidio:
Hermano, Rey, y señor,
si con el nombre te obligo
de hermano, con el de Rey
te solicito el castigo,
con el de señor te ofendo,
con el de Casto te irrito,
que quien no sabe de amor,
aborrece sus delirios.
Pero no me atiendas Casto,
hermano, atencion te pido,
porque con menos verguenza
llegue el perdon al delito.
Yo miré (terrible trance!)
yo escuché (cruel martirio!)
yo quise (qué desconcierto!)
yo amé (qué gran desvarío!)
à un hombre, bien digo hombre,
si es cierto que entre infinitos,
él solo puede ser hombre:
quise al Conde, ya lo he dicho;
quise al Conde de Saldaña;
su persona, ya la has visto,
su nobleza, ya la sabes,
su valor, ya es conocido,
su discrecion, ya es notoria:
pues qué inexpugnable risco
no se hunde, no se abate,
si le embisten atrevidos
persona, valor, nobleza,
discrecion, gala, y cariño,
y mas quando es el amor
destos Soldados caudillo?
Yo me rendí, no soy piedra,
yo me humillé, no soy risco,
quisele bien, soy muger:
ò quanto en esto te he dicho!
Bernardo, señor, Bernardo
es tu sobrino, bien digo;
el Conde, quien te soborna
con tan heroycos servicios;
yo tu hermana, y él mi esposo:
cuñado, hermana, y sobrino,
à tus pies piden la muerte,
y yo por todos la pido,
que como la mas culpada,
busco mayores castigos.
De rodillas.
Rey. Ximena, à mis brazos llega,
que aunque sea justo el temor,
soy tu hermano, y sé que amor
deslumbra, confunde, y ciega.
Que aunque de amor no he sabido,
sus misterios no he ignorado,
que ya, Ximena, han llegado
al alma por el oído;
y sé que de sus misterios
lloraron fatales dias
abrasadas Monarquias,

y

Ayuntamiento de Madrid

y aun arruinados Imperios.
A perdonaros me obligo,
y al Conde he de perdonar,
pues ya no puedo escusar
el daño con el castigo.
Que aunque tan mal corresponde
su lealtad à su nobleza,
he menester su cabeza;
vivid vos, y viva el Conde.
Retiraos, y hasta que sea
vuestro esposo, como aguardo,
no os dexeis ver de Bernardo,
ni el Conde, Ximena, os vea;
que me enojaré con vos,
si sé que le habeis hablado,
hasta haberse desposado.

Inf. Mil años os guarde Dios. *vase.*

Rey. De buen tercero fiaba *ap.*
reducir la voluntad
de la Infanta, con lealtad
la hablaria, quando hablaba
del Conde de Barcelona!
Quien duda, que alli sería,
entre la suya, y la mia,
preferida su persona?

Rub. Ahora, Infanta, me vengo
de aquel tu desden prolixo,
en ti, en el Conde, y tu hijo.

Rey. Ira, y colera prevengo.

Rub. Qué piensas hacer?

Rey. Si vos,
Conde ayudais mi esperanza,
Leon verá en mi venganza
el castigo de los dos.

Rub. Y no decis del Bastardo?

Rey. No Conde, que él no nació
culpado, ni tengo yo
quexa alguna de Bernardo;
ayudele su fortuna.
Al punto haréis despachar
un Correo, que à llevar
parta al Castillo de Luna
este aviso, y este pliego.

Rub. Luego à obedecerte voy.

Rey. Tan ciego en colera estoy,
que aun es tarde siendo luego.

Rub. El Conde viene. *Rey.* Esperad,
disimulad advertido.

Sale el Conde de Saldaña.

Cond. O qué mal aguero ha sido *ap.*
deste encuentro la mitad!

Rey. Conde, dos dias cabales
sin verme, tanto rigor
no lo merece mi amor.

Cond. Beso vuestros pies Reales
por favor tan señalado,
que para mi el daño ha sido,
pues ese tiempo he perdido
de vivir, que os he faltado.
El Conde es noble en efecto, *ap.*
yo pensé mal, y ofendí
su lealtad, pues presumí,
que revelára el secreto.

Rey. Ya en efecto se partió
el Catalán despachado.

Cond. Nadie à sentir ha llegado
su disgusto como yo.

Rey. De vuestra lealtad lo creo.

Cond. Ser gusto de vuestra Alteza,
pudo ser en mi nobleza
mas afectado el deseo.

Rey. Conosco vuestra intencion,
y estoy de vos satisfecho;
y pues sabeis de mi pecho
la noble resolucion,
y el deseo que he tenido,
al Catalán, corresponde;
aunque yo enviava al Conde,
viendoos, me he arrepentido;
porque sé quanto valeis,
y que altivo, y cortesano
me disculparéis, hermano,
y Rey, me disculparéis.
Partid, Conde, por mi vida,
y sea con presteza tanta
vuestra buelta, que la Infanta,
no entienda vuestra partida,
porque à ella le habeis de echar
toda la culpa. *Cond.* Señor
(aquesto es lo que à mi amor *ap.*
mas bien le pudiera estar)
iré, señor, y veréis
mi mayor lealtad, sirviendo.

Rey. Por vida vuestra, que entiendo
eso mismo que entendeis.
Dadle, Conde, porque parta,
ese pliego. *Dásele.*

Cond. Gran fortuna!

Rey. En el Castillo de Luna
dad à su Alcayde esa carta,

y

Ayuntamiento de Madrid

y pasad vuestro camino.
Cond. Seré en lenguage Español
un rayo de vuestro Sol,
que à Barcelona fué, y vino. *vase.*
Rub. Quien lo entendido, y prudente
busca, en tu valor lo vea.
Rey. El mismo quiero que sea
el ministro, y delinquente.
Salen Bernardo, y Monzon.
Bern. Yo vengo determinado.
Bern. Qué dices? *Bern.* Esto conviene;
quien Padre, Monzon, no tiene,
oficio no tenga honrado.
Rey. Pues Bernardo? *Bern.* A V. Alteza
llego, señor, ofendido,
de haber al Mundo nacido
con valor, y sin nobleza.
El Conde Rubio, à quien yo
Padre he llamado hasta aqui,
enojado contra mi,
que no lo es me confesó.
Y aunque à enojo, y seguedad
puedo haberlo atribuido,
en lo mal que me ha querido;
reconocí que es verdad.
De villano me ha tratado;
y ya veis que no conviene,
que aquel que Padre no tiene
viva en Palacio afrentado.
Que es molesto, è importuno,
señor, à quantos le vén,
quien Padre no tiene, y quien
nació hijo de ninguno.
Vos me ceñisteis la espada,
esa yo la guardaré,
porque en quanto à mi yo sé,
que está muy bien empleada.
Mas hasta que el Mundo asombre
con ella, me habeis de dar
licencia, para dexar
la plaza de Gentil-hombre.
O manda con soberano
imperio, pues à vos vengo,
que diga el Padre que tengo,
ò sea noble, ò sea villano.
El Conde está aqui, él lo sabe,
él lo publica, y lo dice;
si nací tan infelice,
no quiero oficio tan grave,
que no es bien dar ocasion
à que un hidalgo entonado
me diga, que con mi lado
se afrentan los que lo son:
Porque quando en esto me halle,
aunque esteis presente vos,
le arrojaré, vive Dios,
por un balcon à la calle.
Monz. Esto con muy linda gala
saldrá à la calle violento,
como pelota de viento
despedida de la pala.
Rey. Qué valiente! qué discreto! *ap.*
lastima tengo, y dolor;
este afecto del amor,
y aquel de la sangre efecto.
Conde, hicisteis mal, por Dios,
en tratar con espereza,
à quien para su nobleza
no os ha menester à vos.
Rub. Licencia tiene, señor,
quien como yo le ha criado,
para mostrarle enojado
severidad, y rigor;
que su condicion es tal,
que si blandura sintiera,
en desbocada carrera
se precipitára al mar.
Rey. No sois villano, Bernardo;
que aunque al Conde no debeis
el sér, nobleza teneis
de espiritu tan gallardo.
Quando os armé Caballero,
y el de Saldaña os juró,
ni él os conoció, ni yo
supe à quien señí el acero.
Ya lo sé, una sangre alienta
la nobleza de los dos;
quien os afrenta à vos,
à mi, Bernardo, me afrenta.
Mi sobrino sois, y asi,
por escusar de ese exceso,
en publico lo confieso,
sed Gentil-hombre por mi.
Ninguno es en toda España
mas noble; estimad mejor
el oficio, y el valor,
que os dió el Conde de Saldaña:
para que la envidia necia
vea, y llore de camino,
que un Rey os llama sobrino,

Ayuntamiento de Madrid

quando hijo un Conde os desprecia.
Bern. Ya, señor, que de honras tales
me habilitas cuerdo, y sabio,
puesto el generoso labio
sobre vuestros pies Reales,
os pido, suplico, y ruego,
permitais, que sepa yo
el Padre, que el sér me dió.
Rey. Esto no ha de sér tan luego.
Bern. Mayores ansias me dan,
señor, mientras mas aguardo.
Rey. Mi sobrino sois Bernardo,
y ahora no sepais mas.
Vamos, Conde: por traydor
declaro al que descubriere
à Bernardo, sea quien fuere,
quien es su Padre. *Rub.* Señor,
secreto sabré guardalle.
Rey. Esto à mi servicio importa.
Bern. Qué sea mi dicha tan corta! *ap.*
Monz. No es sino larga de talle.
Albricias debieras dar,
si ya no es que tu codicias
ahorrarte las albricias,
pues yo las he de cobrar.
Bern. Qué hijo al fin no nací
del Conde Don Rubio? *Rey.* No.
Bern. Quien lo verifica? *Rey.* Yo.
Bern. Soy vuestro sobrino? *Rey.* Si.
Bern. Pues lo demás que callais,
algun dia lo sabré,
que ilustre mi Padre fué,
pues sobrino me llamais;
solo falta que la mano
me deis. *Rey.* Los brazos os doy.
Monz. Item mas:: *Rey.* Qué?
Monz. Qué desde oy
no le trate de villano
el señor Rubio; pues ya
será fuerza que confiese
que es delito, y crimen ese
de sobrino. *Rey.* Bien está.
Monz. Item: pues desde este dia
es sobrino despadrado,
haya quien tenga cuydado
de su bocolica, y mia:
Item. *Rey.* Hay mas desatinos,
Monzon? *Monz.* Que en el cartapacio
de las Damas de Palacio
nos traten como sobrinos:
Item:: *Rey.* Otra?
Monz. Esta es immensa:
que todo aqueste arancél
guarden conmigo, y con él,
botillería, y despensa.
Vanse todos, y sale el Conde de Saldaña de camino.
Cond. Con tanta priesa he venido,
y con tanta he de pasar,
que el camino ha de dudar
si he volado, ò si he corrido.
Pediréle alas al viento;
mas serán torpes, y malas,
que no he menester sus alas,
si voy en mi pensamiento.
Y mas quando en este calma
el Sol que ilumina el dia,
leves suspiros me embia
por mensageros del alma.
Mas pues no puedo escusar
el poner en propia mano
esta carta al Castellano
de Luna, quiero llamar.
Qué notable fortaleza!
qué bien mudado Castillo!
qué desplomado rastillo!
qué omenage! qué grandeza!
Qué dificultosa entrada!
apenas la herida puerta
se permite al Sol abierta;
parece estancia, y morada
del miedo, à horror me provoca:
Toquen dentro.
mas con regalado acento
tocar oygo un instrumento;
no toca mal quien le toca.
Cant. Contento, ázia donde estás,
que el Mundo todo te adora;
por hallarte, quien te ignora,
quien te halla, por que te vás?
Cond. A quien (ay Cielos!) no espanta
ver que al contento oportuno,
jamas le tiene ninguno?
Qué bien dice! qué bien canta!
Siempre el contento faltó,
siempre en su sombra se ofusca;
quien no le tiene le busca,
quien le tuvo le perdió.
Cant. Forman de ti sentimiento
humildes, y poderosos,

si

Ayuntamiento de Madrid

si à todos tienes quexosos,
por qué te llaman contento?
Contra ti es claro argumento,
quando caminando vás,
lo incierto, que siempre estás,
llorando quando te adora,
por hallarte, quien te ignora,
quien te halla, porque te vás.
Cond. Vive Dios, que ha suspendido
mi alma esta voz! ò quanto
à la dulzura del canto
se persuade el oido!
Qué inconstante es la fortuna!
que dé por vida el pesar!
mas quiero llamar, y entrar:
Ha del Castillo de Luna.
En lo alto el Alcayde.
Alc. Quien llama?
Cond. Quien irse luego
pretende: abrid, Castellano,
porque ponga en vuestra mano
del Rey de Leon un pliego.
Alc. Que vuestro nombre me deis
espero. *Cond.* Malicia extraña!
El Conde soy de Saldaña.
Alc. Suplicoos que perdoneis.
Cond. Nunca el orden se condena;
abrid, Alcayde, el Castillo.
Entrase el Alcayde.
Alc. Ya han levantado el rastillo,
entrad, Conde, en hora buena.
Cond. Voy à entrar: el corazon
me dice: Jesus, qué engaño!
qué discurso tan extraño!
qué fantastica ilusion!
Entraré, ò daré la carta
sin entrar? Terrible puerta!
ò quanto el temor despierta
quien de su lealtad se aparta!
Ay, Infanta de mi vida!
si à verte no bolveré?
Parece, que en cada pie
tengo una montaña asida.
Si el Rey: mas esto es locura;
mortal parece que estoy,
y que por mi pie me voy
entrando en la sepultura.
A resolverme no acierto,
temeroso, y discursivo,
quando discurro, estoy vivo;
quando immovil, estoy muerto:
Ya es fuerza que me resuelva
à la obediencia importuna;
entro al Castillo de Luna,
plegue à Dios que à salir buelva. *Entra.*
Sale el Alcayde, y Soldados.
Alc. Con orden del Rey, sin duda,
viene el Conde. *Sold.* Qué será?
Alc. Ella misma lo dirá,
que obra ciega, y habla muda:
salir quiero à recibirlo.
Sale el Conde.
Cond. Bien lo podeis escusar,
Alcayde. *Alc.* Oy tiene de honrar
V. Excelencia este Castillo.
Cond. Es imposible, que paso
muy de prisa à Barcelona
à cosas de la Corona;
y como esta Fuerza es paso,
me mandó el Rey, que este pliego
os diese: abrirle podeis, *Dasele.*
porque vos le executeis,
y porque yo parta luego;
porque he de bolver à Leon
tan acelaradamente,
que dude, si he estado ausente,
la mas curiosa atencion.
Alc. Conde. *Cond.* De qué os admirais?
Alc. De que el Rey lo que decis
no escribe, y de que venis
mas de espacio que pensais.
Cond. Como? qué pudo escribir?
Alc. El Rey: escuso el decillo.
Soldados, echád el rastillo,
que el Conde no ha de salir:
leed, Conde, estos renglones.
Toma el pliego el Conde.
Cond. Primero, Alcayde (Ay de mi)
con el alma los leí.
Alc. Prevenid luego prisiones.
Cond. O, que bien agradecido *ap.*
os he de estar, corazon!
vuestras profecias son
tan ciertas como esta ha sido.
Vá uno para la cadena.
Mas porque de verdadero
os canonicen, y crean,
lean los ojos, y vean
lo que vos visteis primero.
Lee. Alcayde del Castillo de Luna, luego

Ayuntamiento de Madrid

que haya llegado el Conde de Saldaña
con este, ù otro despacho, le sacaréis los
ojos, y le pondréis en la mas obscura pri-
sion del Castillo. *Yo el Rey.*
Llegasteis, desdichas mias;
mas no hicisteis mucho, no,
si os ayudó el Rey, y yo
traygo las cartas de Urias.
Prendióme el Rey, bien pudiera
templar conmigo el rigor;
mas quien no sabe de amor,
achaques tiene de fiera.
De nada tanto me aflixo,
aunque mas penas aguardo,
como de que à mi Bernardo
le encubrí que era mi hijo.
Ha, Rey! cautelas, y engaños
à tu prision me han traído,
sepultando en el olvido
servicios de eternos años.
Vive Dios, que me provoco.
Alc. Ya, Conde, no es tiempo de eso;
considerad, que estais preso.
Cond. Perdoname, que estoy loco.
Alc. A un Soldado de los dos
entregad la espada luego.
Cond. A vos Alcayde, os la entrego,
y harto hago en darosla à vos,
y tratadme con decoro,
que aunque preso, soy quien soy,
y en aquesta espada os doy
muchas victorias del Moro,
que al Rey mi señor he dado
escritas con sangre roxa
en el libro de una hoja
de este azero desgraciado.
Alc. Prevenid una cadena. *Ponensela.*
Cond. Yo os agradezco el rigor,
que un prisionero de amor
à estos yerros se condena.
Alc. Prisiones de ànamorados
siempre son graves prisiones.
Cond. Son de oro los eslabones,
y por eso son pesados.
Y que me saqueis los ojos
tambien he de agradecer,
por tener mas que ofreser
al dueño de mis enojos.
A, divina Infanta mia!
los ojos mi amor te ofrece,
para que mi noche empieze
donde se acabó tu dia.
Alc. Apelad al sufrimiento,
Conde, que à esto se dispone
aquel que atrevido pone
sobre el Sol su pensamiento.
Cond. Vamos, ojos, al crysol
de amor os he de entregar;
quien al Sol pudo mirar,
no buelva à mirar al Sol.
En obscuridad, y espanto
quedais; y pues para ver,
ojos no os he menester,
ciegos bastais para el llanto.
Alc. Qué lastima! qué dolor!
Cond. Muera asi quien no recela
de un sabio Rey la cautela,
y la envidia de un traydor.
Pero en efecto, aunque mas
la envidia sea contra mi,
la gloria que merecí
no podrá borrar jamás.
Ni el Rey, ni el Mundo podrán
reducir à eterno olvido,
lo que ya una vez ha sido;
aunque el castigo me dán,
quede ciego, quede en calma
quien gozó tales despojos,
porque se salga à los ojos
la calentura del alma.
Pues, ojos, dexaos echar,
que ya la fama responde:
Aqui tuvo fin un Conde,
qué desdicha! qué pesar!

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey, y Don Rubio.

Rey. Agradecido os estoy,
Conde Don Rubio, al aplauso,
y grave recivimiento,
que ayer, generoso, y franco,
hicisteis à mi sobrino
Bermudo, à quien he llamado
para hacerle mi heredero:
asi me vengo, asi trato *ap.*
de hacer mas grave el castigo,
mas penoso, y mas pesado
en mi injusta hermana.
Rub. Ha sido

dig-

Ayuntamiento de Madrid

digna eleccion de un Rey Casto.
Rey. Verdad es que con la pena,
y el enojo, atropellando
la colera à la razon,
del primer furor llevado,
tambien ofrecí lo mismo,
Conde, al Francés Carlo Magno;
la respuesta ha diferido,
no sé si querrá acceptarlo.
Rub. Viendo, señor, que ya tienes
heredero, será agravio
de la Nacion Española.
Rey. Hermana, pues causa has dado
à esta accion; bien es la veas,
para hacer mayor tu llanto,
con la eleccion de Bermudo,
que han de jurar mis vasallos.
Rub. Ya conoceis mi lealtad.
Rey. En que se ocupa Bernardo?
Rub. Rompiendo lanzas está
en el parque de Palacio.
Rey. Bien está, ocupense en eso
sus pensamientos bizarros.
Rub. Ya la Infanta, con sus Damas,
y Bermudo acompañado
de la Nobleza han venido.
Rey. Bolved la silla, que en acto
como este, quiero que sirva
à mi grandeza, y su espanto,
con la cortina de Asturias
todo el dosel Castellano.
Sientase el Rey, y vase Don Rubio, y tocan caxas, y sale la Infanta por una puerta, y por la otra Bermudo muy galan, y acompañamiento, y hacen reverencia al Rey.
Rey. Tomad asiento, Bermudo:
Doña Ximena, sentaos.
Berm. Primero, señor, primero,
pues de Asturias he llegado
à veros, daréis licencia
para que os bese la mano.
Inf. La misma licencia os pido.
Berm. Ya la espero. *Inf.* Ya la aguardo.
Rey. Tiempo habrá para eso, haced
ahora lo que yo mando: *Sientanse.*
Bien sé Bermudo, bien se,
que extrañaréis el llamaros
tan apriesa, no sabiendo
la causa para que os llamo.
Berm. Tu carta, señor, me dieron
en Cobadonga, y fue tanto
mi alborozo, que partí
con solo veinte hidalgos,
que me estaban asistiendo,
y sobre el mismo caballo,
en que andaba à caza.
Dentro Bernardo. Abrid,
que para mi no hay cerrada
carcel, ni cerrada puerta.
Sale Bernardo con lanza, y Monzon armado lo mejor que pueda.
Bern. En la forma que me hallaron
las nuevas de este suceso,
vengo, señor, à Palacio,
cansado de romper lanzas;
mas no de servir cansado:
hecho un erizo de puntas
queda el Faqui, tres caballos
he rendido, y treinta lanzas
en desmentidos pedazos
subieron à ser centellas
entre los ardientes rayos
del Sol, bolviendo despues
pálida ceniza el campo.
Alteranse, y se levanta Bermudo.
Rey. Bolveos à sentar Bermudo,
no os altereis, que Bernardo
armado os dá el parabien,
y el bienvenido os dá armado:
vive Dios, que le ha temido! *ap.*
Berm. Si acaso es este el Bastardo, *ap.*
por cierto que es lindo mozo,
y por extremo bizarro.
Bern. No me habla el tal Bermudo? *ap.*
pues yo tampoco le hablo:
guarda esta lanza, Monzon. *Dasela.*
Monz. Vive Christo que han temblado
y que pensaron sin duda,
que entrabas à lancearlos.
Berm. Vuestra Alteza me permita,
que à un hombre que importa tanto
en tu presencia, eche menos;
como, si aqui se han juntado
para accion tan grande, falta
el mayor de sus vasallos,
el mas noble, el mas leal,
el mas valiente, y bizarro,
el gran Conde de Saldaña!
Rey. Está ausente, y ocupado

en

Ayuntamiento de Madrid

en cosas de mi servicio.

Sale un criado.

Criad. El Embaxador del Carpio
pide para entrar licencia.

Rey. Entre Abenyusef.

Monz. El perrazo,
qué galán viene de plumas!
qué soberbio, qué hinchado!

Sale Abenyusef, Embaxador Moro.

Aben. Alfonso valeroso el Cielo guarde
tu Real persona, y mayor trofeo,
antes que llegue el Sol donde mas arde
se corone tu frente de hymeneo.

Rey. Vamos al caso Embaxador, q̃ es tarde,
lo que dice tu Rey saber deseo.

Aben. Sino me engaña, Alfonso, el pensamiento,
albricias me has de dar, estáme atento.
Almanzor, q̃ en Toledo, y sobre el Tajo
tiene su Alcazar, su silla tiene,
à quien tanto cristal sirve de espejo,
que à porfia del Sol es luz perenne:
salud por mi te embia, el consejo,
que por suyo, y primero te conviene
tomar, no pienso mal, si considero,
que siendo tu enemigo es el primero.
Dice, que sabe por noticias ciertas,
que por guardar la castidad q̃ guardas
(no sé, señor, si en esta parte aciertas)
la succesion anulas, y ocobardas,
y entregas, capitúlas, y conciertas,
à Castilla al Francés, cuyas gallardas
Lises convidas (qué barbara hazaña!)
à la invencion de la invensible España.
Y asi de tus intentos condolido,
con noble pecho, y con piedad humana
te pide, y yo, señor, por el te pido
la divina hermosura de tu hermana,
para su esposa, puesto que vencido
está el inconveniente de Christiana,
y no profesar iguales leyes,
con exemplares muchos de otros Reyes.
Si en esto vienes, si à conciertos tales
te inclinas, estimando la persona
de Ximena, pondré à sus pies Reales
el laurel immortal de su Corona,
y vinculado pazes immortales,
parentesco que la sangre en sí eslabona
adornarán sus sienes algun dia,
Lorca, Murcia, Xerez, y Andalucia.
Pero si ingrato su amistad desprecias,
pero si entregas al Francés las llaves,
à una guerra darás dos causas necias,
à un castigo darás dos culpas graves:
si de Español legitimo te precias,
como olvidarte de Pelayo sabes?
como al Francés (resolucion extraña!)
entregar quieres la indomable España?
Pues primero que en ella belicoso,
Carlos, de ti llamado, estampe huellas,
has de ver nuestro Exercito copioso
vengar à España en su mayor querella:
que bien sabrá, valiente, y animoso,
quien conquistarla supo, defendella;
y à ti, despues que la haya defendido,
te quitará el laurel no merecido.
Esto me manda mi Rey te notifique,
con la paz te convida, ò con la guerra,
aquella acepta, ò esta se puplique;
su amistad oye, ò los oídos cierra,
porque al enojo, ò la piedad se aplique
à perdonar, ò arruínar tu tierra;
que para resistir tanto enemigo,
primero Alfonso, ha de acabar contigo.

Rey. Quiero, atento à mi decoro, *ap.*
que Bernardo hable por mi.
Ya tu embaxada entendí:
Bernardo responde al Moro.

Bern. Dile à tu Rey, que se engaña,
ò que lo engaña el traydor,
que imputó al Rey mi señor,
que quiere entregar à España.
Y que tambien se condena
à otro engaño, en entender
que puede ser su muger
la Infanta Doña Ximena.
Dos veces su engaño sienta,
si necio por él suspira,
que lo primero es mentira,
y lo segundo es afrenta.
Con esto te he respondido,
y quando hacer guerra intente,
dile que junte su gente,
dile, que marche atrevido.
Pero que si en Francia acaso
nos juntamos yo, y él
partiremos el laurel,
impidiendo à Francia el paso.
Y que serémos amigos
contra la furia Francesa;

pero

Ayuntamiento de Madrid

pero acabada la empresa,
eternamente enemigos.
Porque atento à mi valor
confiese España despues,
que la defendí al Francés,
y la libré de Almanzor.
Y puesto que aqui has andado
arrogante, y atrevido,
el castigo merecido
à tus locuras no he dado,
porque Embaxador no ofendes,
y enojado contra Francia
te perdono la arrogancia,
por lo que à España defiendes. *ap.*
Aben. Mi embaxada deslució.
Bern. Vete, goza de la ley;
y si pregunta tu Rey
quien la respuesta te dió,
di, que en pecho gallardo
respondió à su desatino,
del Rey Alfonso un sobrino,
y que se llama Bernardo.
No te vas? *Aben.* Graves respuestas!
Bern. Aguardas à que me enoje,
y que enojado te arroje
por una ventana destas?
Aben. Peso yo mucho, Bernardo,
y es mi Rey muy poderoso.
Bern. Huelgome, que seas brioso.
Aben. Huelgome, que seas gallardo:
quando en presencia del dia
resplandece alguna Estrella,
es señal que toca en ella
del Sol la ardiente harmonía;
y pues tu brillando estás
en presencia del Sol, creo,
que es conforme à su deseo
la respuesta, y luz que dás.
Bern. No de un Sol, de muchos Soles,
un Español se acompaña.
Aben. Tambien los Moros de España
somos, Bernardo, Españoles.
Bern. Africanos sois, que en ella
vuestro Imperio dilatasteis.
Aben. Y vosotros no baxasteis
de la Scitia à poseella?
Aliento, espiritual, y manos,
nos influye un Cielo à todos:
qué tuvieron mas los Godos,
que tienen los Africanos?
Bern. Ganarla al Romano arnés
nuestras valientes espadas.
Aben. Y nosotros à lanzadas
os la quitamos despues.
Bern. Que fué à lanzadas conoces,
mucha sangre derramando;
mas yo la iré restaurando
à bofetadas, y à coces.
Aben. Tira, y te responderá
aquella abrasada aroma,
aquel carbon de Mahoma,
aquel pebete de Alá,
aquel adusto tizon,
ò abrasante maravilla,
que develando à Castilla,
à sus pies puso el Leon.
Bern. Arrogante, Moro, estás.
Aben. Toda la arrogancia es mia.
Bern. Yo te buscaré algun dia.
Aben. En el Carpio me hallarás,
que Alcayde del Carpio soy.
Bern. Ya dudo que en él me esperes.
Aben. Ay de ti, si al Carpio fueres! *vas.*
Bern. Ay de ti, si al Carpio voy!
Rey. Invencible es su valor. *ap.*
Bern. Perdona, si en tu presencia,
me he tomado esta licencia
de responder à Almanzor,
colerico, y arrojado;
porque sé por cosa llana,
que ni le has de dar tu hermana,
ni al Rey de Francia tu Estado:
pues quando tu hacer intentes
qualquier cosa de las dos,
lo estorbarán, vive Dios,
tus vasallos, y parientes.
Berm. Qué valor tan atrevido! *ap.*
Rey. Bernardo, está muy bien hecho;
de vos estoy satisfecho,
muy bien habeis respondido:
besad ahora la mano
à Bermudo, en quien espero
tengo Principe heredero
el Leonés, y Castellano.
Bern. Esa es injusta eleccion,
que toda piédad condena,
viviendo Doña Ximena
tu hermana, Infanta de Leon,
à ella si, por soberana
señora, besaré el pie,

obe-

Ayuntamiento de Madrid

obedeciendo, antes que
à tu sobrino, à tu hermana.
Y si por muger perdió
la accion al Reyno, imagino,
que sobrino por sobrino,
ninguno es mejor que yo.

Rey. Si porque sobrino os diga,
Bernardo, os desvaneceis,
oídme atento, y sabréis,
la razon, que à ello me obliga.

Bern. Pues para haber de escuchar
mas conforme à mi decoro,
la silla que dexó el Moro
bien la puedo yo ocupar, *Sientase.*
que la merezco mas bien,
y estoy, como veis, armado,
de romper lanzas cansado,
y de estar en pie tambien.

Rey. Ya es sobrado atrevimiento:
levantaos, y estad en pie.

Bern. Nunca la silla dexé,
quando una vez tomé asiento.

Rey. Qué es aquesto vil bastardo?

Inf. Señor: : *Berm.* Mire V. Alteza: :

Bern. Vuestra es, señor; mi nobleza;
yo soy el mismo Bernardo,
que habeis honrado hasta aqui,
à quien Caballero armasteis,
à quien sobrino llamasteis:
y siendo, señor, asi,
mi honra está à vuestra cuenta,
pues dixisteis, vive Dios:
Quien os afrentare à vos,
à mi, Bernardo, me afrenta.
Y pues ya de vuestra boca
afrentas tales oí,
la mitad me toca à mi,
y à vos la mitad os toca.

Rey. O villano, mal nacido!
tambien conmigo se iguale?
prendedle. *Bern.* No hay en la sala
ninguno tan atrevido.

Rey. Qué esto sufro! qué esto aguardo!
no hay ninguno que se atreva?
matadle. *Bern.* Nadie se mueva,
cobardes, que soy Bernardo:
dame esa lanza. *Monz.* A ocasion
la pides. *Rey.* Llegad, prendelle,
vasallos. *Monz.* Nadie resuelle,
cobardes, que soy Monzon. *vanse.*

Berm. Temerario atrevimiento! *ap.*

Rey. A quien me dió este enemigo,
yo le daré igual castigo:
ola, llevad à un Convento
à Ximena, muera en él
sin ver al Sol. *Inf.* Tus enojos
sienten con llanto mis ojos.

Berm. No es grandeza el ser cruel:
mira señor: : *Rey.* Quien nació
mi sangre, como no siente
mi agravio? Aspid rebiente
quien este monstruo parió.

Inf. Ojos, de tristeza llenos,
pedid llanto al corazon,
pues de que os falta ocasion
no os podeis quexar al menos.
Bien, que entre tantos enojos,
sin duda os podeis quexar,
que sois pocos à llorar,
si habeis de llorar enojos.
La pena que el alma siente,
aliviarla no podeis,
pues ya veo, que ofreceis
à mucho mas corta fuente.
Mas para males tan largos,
para penas tan crecidas,
para tales avenidas,
ojos, convertios en argos.

Rey. Quien con libre destemplanza
se ofende, y me ofende à mi,
pidiendo está contra sí
el castigo, y la venganza.

Berm. Señor. *Rey.* No hay que replicar,
à un tiempo habeis de partir,
por alli vos à morir,
por aqui vos à reynar.

Vanse, y sale Abenyusef.

Aben. Justamente enojado, y ofendido,
la respuesta Almanzor, de Alfonso ha oído;
y para castigar ya justamente,
toma las armas, y convoca gente.
Ya está la furia mia
midiendo el tiempo, y deseando el dia
de verme en la Campaña
con aquel su sobrino, que de España
la libertad tan à su cargo toma,
desprecio de Almanzor, y de Mahoma.
O, extraño desvarío!
ò arrogante Nacion! ò Español brio!

Sale

Ayuntamiento de Madrid

Sale Monzon de Moro, vestido à lo gracioso, con un papel.

Monz. Jesus! Temblando llego,
ciego de lengua, y de razones ciego:
valgame un estornudo de Bernardo:
mucho en hablar à este Moro tardo.
Qué diré, que no acierto à saludalle!
Alá y zalema. *Ab.* Extraordinario talle!
Quien eres? *Mon.* Soy un paje à media rienda,
de un Moro (plegue à Dios que no lo entienda)
que sale desterrado de Toledo,
y este papel te escribe. *Aben.* Escusa el miedo, (peto,
llega mas. *Mon.* No es, señor, sino res-
que soy muy cortesano, y muy discreto:
vive Dios q̃ el Demonio no intentára *ap.*
resolucion igual, ni accion tan rara.

Lee Aben. Valeroso Abenyusef, solo por darte cuenta de mis cosas, quise pasar por el Carpio: fuera de las Murallas te aguardo, confiado en tu nobleza.
Alá te guarde.

No firma. *Mon.* Es discreto el amo mio.
Aben. Mas parece papel de desafio.
Monz. Jesus! Es muy tu amigo,
de que soy buen testigo,
que viene muy de paz: no lo entendiste.
Aben. Qué es lo que dixiste?
Mon. Perdido soy, Jesus dixe: q̃ mengua!
lo que en el alma está dice la lengua.
Aben. Como se llama?
Monz. Aqui me coge vivo; *ap.*
Don:: *Aben.* Como?
Monz. Mal los nombres apercibo.
Aben. Tu dueño has olvidado? (do:
Mon. Soy flaco de memoria, y descuyda-
mas Dios me acuerde si afirmarlo puedo;
Azar, que es desterrado de Toledo,
que es en Azarques muy antigua maña,
el vivir desterrados en Ocaña.
Aben. Ahora bien dile que entre, sea quien fuere.
Mon. Como va desterrado, hablarte quiere
primero. *Aben.* Entre, aunque vaya desterrado.
Mon. Eso será despues de haberte hablado;
porque tambien, y todo,
como vá desterrado, importa el modo,
y el hablarte de paso,
porque va desterrado. *Ab.* Extraño caso!
Qué haceis en referirme este destierro?
Mon. Dificil es, por Dios, cazar un perro,
y mas si el perro se convierte en galgo.
No fuera malo prevenirnos algo
de comer, porque estamos
en ayunas los mozos, y los amos.
Aben. Basta, que él es criado entretenido.
Monz. Comeré como un lobo descosido;
pero no has de olvidarte de que espera
mi amo. *Aben.* Luego voy.
Monz. De esta manera *ap.*
le he engañado, y le aseguro.
Aben. Donde decís que está?
Monz. Fuera del muro:
no quieras dilatallo.
Aben. Mientras tu comes, me pondré à caballo. *vas.*
Mon. Qué comer? guarda Pablo, q̃ por yerro
vendrá à ser la comida pan de perro,
cogiendome entre puertas
estos, que ahora me las dan abiertas;
mientras toma el caballo se la pego,
tomando las del mismo Villadiego.

Vase, y sale Bernardo de Moro, con lanza, y adarga.

Bern. Cuydadoso de Monzon,
arreatado à un fresno dexo
el caballo, y poco à poco
à las murallas me acerco,
por si sale Abenyusef:
el hecho mas arduo intento,
que acreditan las Historias
de los Romanos, y Griegos;
pero ya buelve Monzon.
Sale Monz. Dame tus brazos.
Bern. Qué has hecho?
Monz. Abenyusef te lo diga,
que al galope de un overo
viene tras de mi buscando
al Moro Azarque mi dueño,
que asi te nombré, y que vienes
desterrado de Toledo.
Bern. Suerte dichosa he tenido.
Monz. No tan dichosa, que el perro
es un jayan, y no está
tan en la bolsa el suceso.
Bern. Qué importa, Monzon,
tengo de mi parte al Ci-

Ayuntamiento de Madrid

Monz. Ya se apea del caballo,
y à verte viene resuelto.
Sale Abenyusef con lanza, y adarga.
Bern. El Moro es valiente, y noble. *ap.*
Aben. Guardeos Alá Caballero.
Bern. Bien venido, Abenyusef:
conocesme? *Aben.* Tu escudero
me ha dicho, que eres Azarque,
y que por cierto destierro
dexas tu patria, aunque tu
en tu papel no hablas desto.
Bern. Pues no soy sino Bernardo,
Moro, que à cumplirte vengo
la palabra, y à buscarte
al Carpio: yo soy el mesmo,
que la respuesta te dió
en Leon, y quien pretende
ahora darte à entender
quan diferentes opuestos
somos Godos, y Africanos
aunque nos influya un Cielo.
Aben. Valiente eres, y animoso,
nunca esperé lo que has hecho;
porque venirte à mis manos,
como al iman el acero,
tan bizarro en los peligros,
y tan hallado en los riesgos,
es accion que me ha cogido
de susto todo el aliento.
Bern. El que de Español se percia,
obrando mas, habla menos.
Aben. Si he de pelear contigo
lanza à lanza, y cuerpo à cuerpo,
bien podrás ser mas dichoso,
consiguiendo el vencimiento;
pero mas valiente no.
Bern. Si lo soy, pues solo vengo,
solo à tu casa à buscarte.
Aben. Toma el caballo.
Bern. Haz lo mesmo.
Aben. Presto verás si te igualo.
Bern. Presto verás si te excedo.
Aben. Lastima tengo à tus años.
Bern. Lo piadoso te agradezco.
Vanse los dos, y queda solo Monzon.
Monz. A un golpe de la fortuna
se ha envidado todo el resto:
plegue à Dios, que no perdamos;
mas servirá de consuelo
à toda desdicha, el ver
que con buen punto perdemos.
Ya travan la escaramuza,
ya se buscan, y cubierto
por la mitad del adarga
tercian el robusto fresno.
Valiente, y diestro es Bernardo!
El Moro es valiente, y diestro:
mas vive Dios, que el muchacho
entra, y sale tan ligero,
que dos tiempos executa
primero que el Moro un tiempo.
Ea, valor de Castilla:
bravo golpe! bravo encuentro!
de la silla le ha sacado,
y desnudando el acero,
bizarramente destroza
la cabeza de aquel cuerpo.
Sale Bernardo embaynando la Espada.
Bern. Aquesto es hecho, Monzon,
ponte en el caballo mesmo
del Moro, y con su cabeza
en el arzon, ve diciendo
por el Carpio, Santiago,
que del Carpio he de ser dueño.
Monz. Dame esa mano, señor,
que con lo que ahora has hecho
Alcides fue un matamoscas,
una dueña fue Teseo,
y un enano, vive Christo,
fue Aquiles; y callar puedo.
Bern. Haz, Monzon, lo que te mando.
Monz. Santiago al Carpio demos,
y en el caballo del Moro
entraré por él diciendo,
lo que allá en Francia los hijos
de la Barbuda dixeron:
Santiago, Santiago. *Bern.* Viva
Alfonso, del Carpio dueño. *vans.*
Salen el Rey, Bermudo, y acompañamiento.
Rey. En esta antigua, y generosa Villa
de Luna, donde à Cortes se han juntado
los Reyes de Leon, y de Castilla,
quiero Bermudo, que quedeis jurado.
Berm. Quien levanta su hechura mas se humilla,
mas vuestro quedo, quando mas honrado.
Rey. Este Castillo anciano, cuyas piedras
del tiempo envejecidas peynan yedras,
larga prision, ò sepultura ha sido
del desdichado Conde de Saldaña:
aqui

Ayuntamiento de Madrid

aqui de su traycion arrepentido,
exemplo vive à la lealtad de España.
Berm. Nunca mas de Bernardo se ha sabido;
que su soberbia presumpcion le engaña.
Rub. Se sabe, que en el Carpio retirado,
sirviendo à el Moro, puede dar cuidado.
Rey. Nunca à mi me lo dió; y yo he sabido,
q̃ no solo à quien es Bernardo atiende,
Religioso en la Fé, que ha recibido,
mas q̃ del Carpio la conquista emprẽde:
esto, Conde es verdad, y aunque atrevido,
su libre condicion tal vez me ofende,
como en él sangre mia considero,
quãdo estoy mas ayrado, mas le quiero:
mas qué caxas son estas?

Tocan caxas.

Rub. Al són grave
de un atambor, que los vientos inquieta,
y à la voz de un pifano suave,
que el contrapunto lleva à la baqueta,
Bernardo marcha. *Rey.* Ya sin duda sabe
la verdad, que hasta aqui le fue secreta,
y que en esta prision, viviendo muere
su Padre el Conde, y libertarle quiere.
Rub. Retirate, señor. *Rey.* Qué decís Conde:
Yo retirarme? Mi presencia sola
à Exercito mayor no corresponde?
La autoridad Real, la fé Española
nunca retira el rostro, ni le esconde;
yo solo, vive Dios, he de esperallo,
que no hay valiente, con su Rey, vasallo.

Sale Bernardo marchando, y Monzon con banderas, y cautivos presos.

Bern. Señor, si tus pies merece
quien tu disgusto ocasiona,
para redimir mi culpa,
te ofreceré una victoria.
Al Carpio llegué, y con una
estratagema dichosa,
à Abenyusef Alcayde suyo,
fiero blason de Mahoma,
saqué à la campaña, adonde
de la mia à su persona,
le dí à entender las ventajas
de nuestra Nacion heroyca.
Cuerpo à cuerpo le dí muerte,
escribiendo con la roxa
tinta de su sangre triumphos
para familia tan Goda.
Con su cortada cabeza
Pasé al Carpio (accion heroyca!)
à governar à los suyos;
descerraxé las mazmorras
de los Christianos Cautivos,
y con su ayuda, aunque poca,
gané al Carpio, bien lo dicen,
aunque en moderada pompa
esas Banderas vencidas,
que arrastradas se te postran.
Y aspirando à mayor triumpho,
con esta pequeña escolta
de prisioneros Christianos,
alcanzé feliz, victoria,
de diez y nueve Castillos,
que rendidos me sobornan,
con vasallage, obediencia,
con blasones, vanaglorias.
Todo es tuyo; solo quiero,
porque al olvido se oponga,
el apellido del Carpio,
y con armas prodigiosas,
los diez y nueve Castillos,
trimpho de mi espada sola.
Rey. Bernardo, sobrino, amigo,
poco hace quien os perdona,
quando vos sabéis ganaros
la gracia con tales obras.
Dadme los brazos, y ya
que sangre mia os abona,
poned un Leon por Armas,
y Castillos por la orla. *Abrazale.*
Bern. Con tal favor, Magno Alfonso,
temblará el Africa toda.
Rey. Abrazad à vuestro primo.
Berm. Honreis, primo, la Corona
de Leon, pues por vos solo
tan grandes aumentos goza.

Sale Doña Sol y acompañamiento.

Sol. Déme los pies vuesa Alteza.
Rey. Sol, habeisme suspendido:
quien à Luna os ha traído?
Sol. Una eclypsada belleza,
la mas cortés humildad,
la grandeza mas postrada,
la fé mas ciega, y vendada,
la mas ciega libertad.
Sabiendo, señor, tu intento,
quien le venera, y le adora,
que es la Infanta mi señora,

Ayuntamiento de Madrid

para hacer el juramento
poder bastante me ha dado;
y en fé de que mas se humilla,
el derecho de Castilla
en Bermudo ha renunciado:
esta es la renunciacion.
Dale el papel.
Rey. Sol, nunca mas lo habeis sido,
pues me habeis enternecido.
Bern. Aquesta es buena ocasion: *ap.*
Señor, si mi lealtad,
en parte alguna te obligas,
suplicote, que me digas
aquella oculta verdad,
que sabes ignoro yo:
cesen ya, cesen agravios,
y sepa yo de tus labios
el Padre, que el sér me dió;
que afrentado en mis enojos,
siendo Sol la luz que estimo,
quando à mirarle me animo,
baxo cobarde los ojos.
Rey. Ambos están à mis pies, *ap.*
y de ambos siento el pesar.
Sol, bolvedme luego à hablar;
Bernardo, bolved despues.
Vanse todos, y queda Bernardo, Monzon, y Doña Sol.
Sol. Qué tan poco valga en ti,
invicto Alfonso, mi llanto!
Bern. Qué en quien tiene de Dios tanto
huya la piedad asi!
Sol hermosa, perdonad,
que del alma, si pudiera,
à vos la mitad os diera,
y à la Infanta otra mitad.
Sol. Bernardo, en vuestros enojos
parte me toca, y no poca;
mas como falta en la boca,
busco la lengua en los ojos.
Bern. Si vos tambien me encubris
este secreto, qué aguardo?
Sol. No puedo hablar yo, Bernardo.
Bern. Harto en eso me decís.
Sol. Y harto hago en encubrillo.
Bern. Y yo en tener sufrimiento
en la sinrazon que siento.
Sol. Este encantado Castillo
encubre lo que buscais.
Bern. Qué decís? *Sol.* No me entendeis?
desencantadlo, y veréis
todo lo que deseais. *vas.*
Bern. Monzon, sin alma he quedado.
Monz. Y yo mucho mas, señor,
porque à quien no dá temor
vér un Castillo encantado?
Bern. Vive el Cielo soberano,
que no ha de quedar en él
piedra, cornisa, ò dintél,
que no registre mi mano!
Monz. Sol, si esta nueva nos dais,
por qué tan presto os poneis?
Bern. Desencantadle, y veréis
todo lo que deseais.
Ven, Monzon, que de mi llanto
la serenidad es cierta.
Monz. Yo me quedaré à la puerta
mientras vences el encanto.
Bern. Qué poco estimas los gozos,
que yo he de partir contigo!
Monz. Nunca, señor, fuí yo amigo
de encantados calabozos.
Bern. En vano, Monzon, procuras
quedarte: pasa adelante.
Monz. De que Caballero andante
se encuentran mas aventuras?
Bern. Sol lo dixo, y pues lo es tanto,
que deslumbra mi fortuna,
entro al Castillo de Luna
à descifrar este encanto. *vanse.*
Sale el Conde de Saldaña con barba cana, y cadena, mal vestido, como que vá à tientas.
Cond. Desdichada suerte mia,
hasta quando has de durar?
Noche, acaba de pasar,
llegue de mi muerte el dia.
Noche es la Noruega fria,
de mis ojos muerte ayrada,
como eres tarda, y pesada?
Mas debes de ser muger,
muerte, pues mas quieres ser
temida, que no rogada,
Arrimase el Conde, y salen Bernardo, y Monzon con las espadas desnudas.
Bern. Monzon? *Monz.* Señor?
Bern. Hasta aqui
la luz del Sol me alumbra.
Monz. Eclypsóla mi desdicha;
aqui sus rayos no alcanzan.

Bern.

Ayuntamiento de Madrid

Bern. Qué obscuridad! *Cond.* Ay de mi.
Bern. Valgame Dios! *Mon.* Qué encantada
voz! Santa Clara bendita,
si sois por Clara abogada
de obscuridades, lo claro
de vuestro nombre me valga.
Cond. Triste de mi, sin ventura!
Monz. Cadenita nos arrastra?
Moro encantado tenemos.
Bern. Ardientes suspiros lanza,
y tristes lagrimas vierte.
Monz. De esta manera lloraba
aquel cautivo en Orán,
en la disierta campaña;
mas aqui, señor, yo pienso,
que dos mil demonios andan.
Bern. Vive Dios, que he de saber
quien se quexa, y por que causa.
Cond. Quando entré en este Castillo
apenas tenia barbas,
y ahora por mi desdicha
la tengo crecida y cana.
Olvidado estoy sin duda;
pero del que está en desgracia
de su Rey, todos se olvidan,
hasta su sangre le falta.
Qué bien se vé, pues mi hijo,
siendo prenda tan del alma,
con tanto descuydo vive,
con tanto olvido me agravia!
Valiente me dicen que es
los Monteros, y los Guardas,
que dicen sus valentías,
y me cuentan sus hazañas.
Bern. Azia aqui, sino me engaño,
leve una voz se escuchaba.
Cond. Ay hijo del alma mia!
sombra he quedado, y fantasma
de estas obscuras tinieblas,
de estas lobregas moradas.
Monz. Fantasma dixo, qué esperas?
quien nos mete con fantasmas?
Bern. Quien eres sombra, ò vision,
que atemorizas, y espantas?
De qué agravio te lamentas?
De qué sin razon te agravias?
Cond. Quien es el que lo pregunta?
Bern. Quien pisando horrores llama
à los peligros, se atreve
à poner aqui las plantas
de este encantado Castillo,
porque le importa à su fama
saber lo que en el se encierra.
Cond. Si esa inclinacion gallarda
la tuviera un hijo mio,
no fueran mis penas tantas.
Bern. Haced cuenta que lo soy,
y decidme lo que os falta,
que vive Dios, que descienda
de un riesgo en otro à la estancia
del abysmo, y que encadene
aquel monstruo de tres caras,
con los hierros que le afligen,
y vuestro encanto deshaga.
Cond. No estoy encantado, no,
muerto si, que es mas desgracia.
Monz. Muerto dixo? Aqui del miedo;
aun peor está, que estaba.
Cond Posible es, que no sabeis
mi historia, quando en España
es tan pública, que ya
hasta los niños la cantan?
Bern. Que yo la ignoro confieso.
Cond. Entre otras pobres alhajas
ha de haber aqui una silla;
Sientase.
sentaos, la oiréis, que no es larga.
Muchos años ha (que muchos
son los que en prision se pasan)
que en aquestos hierros vivo,
siendo otros yerros la causa.
Aunque si yerros de amor
se disculpan en quien ama,
nunca en generosos pechos
cupieron tantas venganzas.
Verdad es, que de mis penas,
la mas crecida no iguala
al menor bien que gozé,
que aunque todas las pasadas
glorias parecen menores,
las mias no se comparan
con las demás, porque fueron
mas allá de la esperanza.
Volé al Sol (qué atrevimiento!)
llegué al Sol (qué libres alas!)
fuí envidiado (qué peligro!)
caí del Sol (qué desgracia!)
Fuí yo en mis años primeros
muy dichoso con las Damas;
que era muy galan decian:

Ay

Ayuntamiento de Madrid

Ay Dios, como se engañaban!
Puse los ojos en una,
que por lo menes fue hermana
del Rey de Leon el Casto;
aqui la memoria acaba;
perdonad, que me enternezco
en tratando de la Infanta.
Bern. Descansad, que con el llanto
los afligidos descansan.
Cond. Merecí favores suyos,
y resultó de esta causa
un hijo, que ahora: ay de mi!
con qué ingratitud me paga
el sér que le dí, pues nunca
se ha acordado de mis canas!
Serví al Rey contra los Moros
de Toledo, y Calatrava,
ganando muchas victorias,
venciendo muchas batallas;
porque peleaba amor
con el afecto, y las armas.
Las mercedes que me hacia,
à mis amigos las daba,
para emmudecer la envidia,
si hay precio que tanto valga.
Vendióme, al fin, un traydor,
que era el mismo, que criaba
mi hijo, zelozo en fin,
que zelos lealtad no guardan.
Descubrió al Rey el secreto,
y con unas falsas cartas
à este Castillo me embia,
donde rigoroso manda,
que en él me saquen los ojos,
y que en esa prision vaya,
como el gusano de seda,
con mi llanto, y con mis ansias,
labrando para la vida
el sepulcro, y la mortaja.
Pero lo que mas me aflige
en penas tan dilatadas,
es, que la sangre en mi hijo,
ni le incita, ni le llama,
ni de mi prision se ofende,
ni de mi olvido se agravia.
Sobrino le llama el Rey,
y pienso que esta es la causa,
que le obliga à este desprecio:
pues vive Dios, que se engaña,
que si es noble, por mi es noble;
si es valiente, de mi espada
heredó la valentía:
si las Lunas Africanas
pone à sus pies, de mi historia
son capitulos que arranca,
parrafos, que deletrea,
y clausulas, que traslada.
Enojado estoy: ay, hijo!
perdona, si mis palabras
te ofenden; y vos, señor,
perdonadme, que me saca
de la modestia el pesar;
pero la vejez me salva.
Bern. Puede ser que vuestro hijo
viva en la misma ignorancia
que yo, que nunca he sabido
de quanto decís palabra:
Como se llama? *Cond.* No sé,
yo no sé como se llama,
que solo el nombre de hijo
tenás la memoria guarda.
El Carpio ha ganado ahora,
y fuera mejor ganancia
dar libertad à su Padre,
ò à lo menos, procurarla.
Bern. Ay, Padre del alma mia! *ap.*
Llegó el desengaño al alma;
mas hasta saber quien es,
hagan los efectos pausa,
y al silencio de los labios
mueva el corazon las alas:
podré saber yo quien sois?
Cond. Notable es vuestra ignorancia,
pues mi nombre no sabeis;
el Conde soy de Saldaña.
Bern. Dexa Padre generoso,
que en su llanto se deshaga
à tus pies un hijo indigno.
Cond. Quien decís? Aqui se acaba
mi vida, que del contento
tal vez la alegria mata.
Bern. Bernardo tu hijo soy.
Cond. Bernardo, hijo que el alma
se me acabó de alegrar;
ay hijo de mis entrañas!
Ya estarás hombre?
Bern. Y tan hombre,
que à saber esta ignorada
verdad, hubiera deshecho
piedra à piedra la muralla

desta

Ayuntamiento de Madrid

desta prision, por librarte;
y aunque el respeto importára,
mas que del Rey tengo quexa
de ti, porque la callabas,
quando la sangre en mi pecho
me lo dixo veces tantas.

Monz. Y Monzon, tambien, señor,
vá pelechando, aunque anda
à pleyto con sus vigotes,
porque de tan mala gana
salen, que barba à lo tigre,
un pelo aqui, y otro en Francia.

Cond. Hijo Monzon, aqui estáis?

Monz. Si señor, la mano alarga,
tentarás unos vigotes
sietemesinos, que aguardan
un Barbero del Japon,
con Indianas Esperanzas;
y por ello pienso, que
les han quemado en estatua.

Bern. A deshacer este encanto
entré aqui, y porque deshaga
encanto, y agravio à un tiempo,
oy, à pesar de las Guardas,
Aquiles de aquestos hombros,
saldrás de prision tan larga.

Cond. No, hijo, no quiero; yo
con el amor os culpaba:
sin que lo concienta el Rey,
ni aun la libertad me agrada.
Pedídsela vos, Bernardo,
que de los Reyes la gracia,
con la ingratitud se pierde,
y con los ruegos se gana.

Monz. Señor, el Rey, Don Bermudo,
Doña Sol, Don Rubio, y hachas,
una procesion con otra
de picas, y de alabardas,
van entrando.

Cond. Ay de mi triste!
muerto soy, sobresaltada
la vida, entre dos estremos,
se apresura, y se desmaya.

Salen el Rey, Doña Sol, Bermudo, D. Rubio, y acompañamiento con hachas.

Rey. Retiraos, dexadme solo,
y porque nadie se salga,
echad Alcayde, el rastillo.

Bern. Con que tu lo mandes basta,
que para prender leales,
rastillos son las palabras
de los Reyes; mayormente
quando al filo desta espada,
ni herrada puerta es defensa,
ni fuerte rastillo es guarda.
Alfonso, Rey de Castilla,
y de Leon, à quien llaman
el Casto, pluguiera al Cielo,
que nunca te lo llamáran,
pues es virtud, que en los Reyes
la succesion embaraza.
Yo soy Bernardo del Carpio,
y yo nací de tu hermana
la Infanta Doña Ximena,
y del Conde de Saldaña.
Esta verdad me has negado,
y aunque sobrino me llamas,
no es buen parentesco aquel
adonde el Padre se calla.
Yo le hallé en este Castillo,
à quien encantado llaman,
quizá porque tu, señor,
en él à mi Padre encantas.
A rescate te lo pido,
mira quantas Africanas
cabezas quieres por él;
y si aquesto no te agrada,
y en tu Reyno esta moneda,
por forastera no pasa,
Banderas, Villas, Castillos
te ofrezco; quede asentada
en tus libros la razon;
que como mi Padre salga
de la prision, el valor
de Bernardo lo afianza.
Mas si cruel me lo niegas,
aun bien, que à puerta cerrada
nos hallamos: vive Dios,
que de quantos te acompañan
no ha de quedar hombre vivo,
empezando mi venganza
por algun cobarde amigo,
que traydor me escucha, y calla.
Y quando me haya vengado,
pondré, señor, à tus plantas
mi cabeza, porque veas,
que à la obediencia no falta.

Rey. Cese, Bernardo, el enojo,
bolved la espada à la bayna,
que à daros à vuestro Padre

entré

Ayuntamiento de Madrid

entré aqui, y à que la Infanta
sea su esposa, y vos quedeis
legitimo à fuer de España.
Bern. A fuer de esclavo señor,
mi boca à tus pies se estampa:
Conde, y señor; mas qué es esto?
muerto está.
Rey. Qué decís?
Bern. Basta,
ò que le mató el contento,
ò el respeto de que entrabas.
Rey. Miradlo bien. *Bern.* Marmol frio
yace en cadenas pesadas:
ha buen Conde Sancho Diaz!
ha buen señor de Saldaña!
Rey. La mano, aun despues de muerto,
se la ha de dar à mi hermana.
Bern. Retiraos todos, que quiero
cortar prision tan pesada
con el lustre de mis glorias,
ò el filo de aquesta espada:
Sol, vuestro esclavo es Bernardo.
Sol. Soy dichosa.
Monz. Porque vaya
la soga tras el caldero,
yo me casaré mañana
al instante. *Bern.* Y el bastardo
de Castilla en esto acaba.
Monz. El casamiento en la muerte,
el talamo en la mortaja,
y à un tiempo exequias, y bodas,
que esto hace quien se casa.

FIN.

Con Licencia. Barcelona: Por Juan Serra y Centené, Impresor y Librero en la Baxada de la Canonja, donde se hallará esta, y otros diferentes Titulos.

Ayuntamiento de Madrid